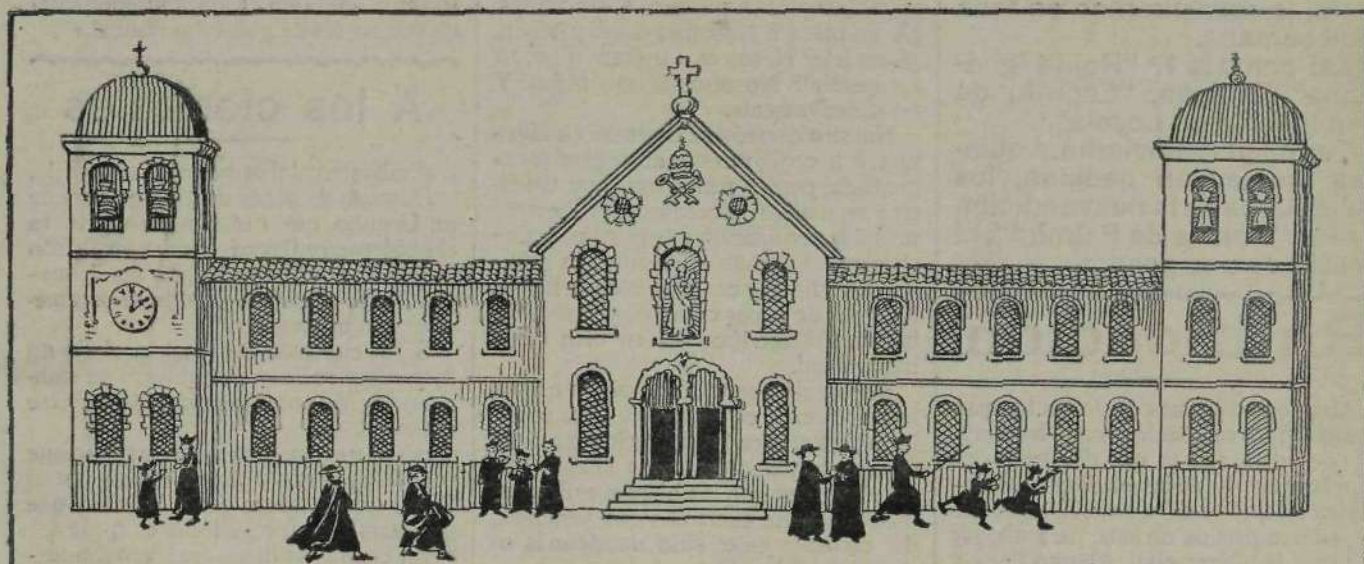


Año XXX

Madrid, Jueves 18 de Agosto de 1910

Núm. 32

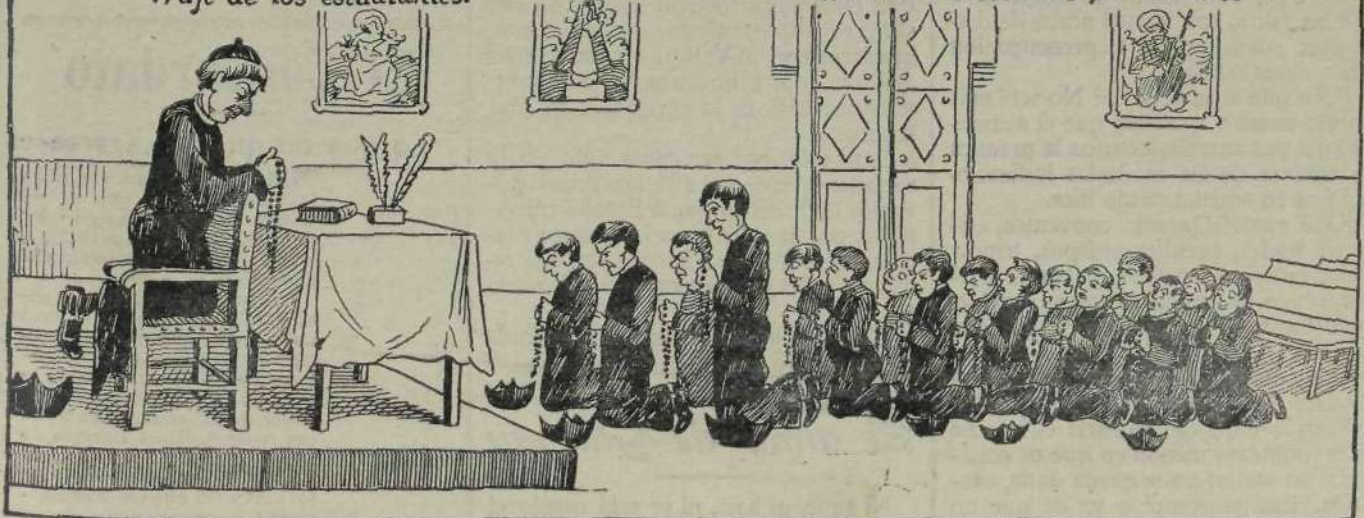


LA UNIVERSIDAD.



Traje de los estudiantes.

Alumnos de escuelas particulares



Clase de matemáticas. Cinco veces diez hacen una parte de rosario.

La enseñanza con que sueñan los clericales.

DIOS

Este célebre folleto de Suñer y Capdevila, primero de la 2.^a serie, lo repartiremos en toda esta semana.

Así como la 1.^a "Hojita Ignaciana", titulada, "Espíritu de San Ignacio de Loyola".

También se enviarán, á quienes los tengan pedidos, los ejemplares de la nueva edición de las "Ruinas de Palmira", al precio de una peseta.

Ratificación

Algunos periódicos clericales braman como el toro al que le ponen banderillas de fuego, por lo que dije hace dos números acerca de las medidas que deberían adoptarse en cuanto se levantara la primera partida carlista, para ahogar al nacer la guerra civil. Alguno llega á asegurar que, si ahora no se levantasen, lo harían seguramente el día que viniese la República.

¿Sí, hermoso? Pues no sabes la alegría que me produce tu afirmación.

¿Con que os echaríais al campo el día que la República triunfase? ¡Ay, qué peso se me ha quitado de encima! Mi único temor era que no lo hiciérais. Habría si lo para mí una verdadera contrariedad, y una gran desgracia para España.

Y tanto lo considero así, que muchas veces, al pensar que pudiera ocurrir eso, me he dicho: «Habría que inventar una partida con su cura y todo, para poder comenzar justificadamente desde los primeros instantes la cacería de alimañas feroces.» Pero confiaba siempre en que apareciesen muchas verdaderas con marca y marchamo eclesiásticos.

Y ese periódico acaba de asegurarme que las habrá, con lo cual acaba de desahogar por completo la preocupación que a veces sentía.

¿Con que al campo, eh? No será más pronto vuestro aparecer, que el aconsejar yo á mis correligionarios la práctica instantánea de las modestas indicaciones que en aquel artículo hice.

¡Qué gusto! Quemar conventos, eliminar frailes, prender obispos, trincar curas, enchiquerar neos, embargar bienes, venderlos, comprar con su producto fusiles y no dejar títere clerical con cabeza...

(Aquí un aplauso, dado por Mí á Yo, y voces: ¡Que se repita! ¡Que se repita!)

Perque todo eso lo haría el pueblo en el momento mismo en que os echáseis á las matas; no te quede duda, carlistón. Está convencido ya de que no puede avanzar hacia el progreso mientras no os extermine, y esto, unido al instinto de conservación, le obligaría á vencer su natural benévolo é inofensivo.

Y para que no os quejéis mañana de que no se os avisa con tiempo, escucha esta otra parte, aunque secundarla, de mi proyecto.

¿Que fusíais á un soldado ó á un paisano? Nosotros á un cura ó dos frailes. ¿A un oficial? Nosotros á un párroco. ¿A un jefe? Nosotros á un canónigo. ¿A un general? Nosotros á un obispo. Y así sucesivamente.

Nuestro corazón se derretirá en lágrimas al hacerlo; nuestra alma gemirá angustiada; pero al pensar que con tan fácil y equitativo procedimiento serviremos á la civilización y la justicia, y ahorraremos á nuestra querida patria millones de víctimas y cien tenares de millones, haremos de tripas corazón, y nos resignaremos á sacrificarnos en bien de la humanidad.

Si pensáis que va á suceder lo que en la otra guerra, os equivocáis. Os perseguiremos más en las poblaciones que en el campo, y podréis salvar la vida con más facilidad que los bienes; extirparemos con preferencia el virus venenoso del carlismo en el sitio donde más os duele: en el bolsillo.

Y ahora que ya estáis advertidos, obrad como os parezca.

JOSÉ NAKENS

Consejos interesados

Dícese que Briand, el presidente del gobierno francés, aconsejó á D. Alfonso en la larga entrevista que con él tuvo, que se sometiera á las decisiones del Vaticano.

Me cuesta trabajo creerlo, pero tampoco me atrevo á negarlo: nunca los gobiernos franceses se distinguieron por su interés de interesado hacia nosotros.

Y en este caso concreto, pudieran llevar uno de estos dos objetos, ó ambos tal vez:

Impedir que barriéramos la basura que ellos nos arrojaron hace años, por si les echábamos alguna encima; ó congratarse con el Vaticano para que les ayudase contra nosotros en las futuras contingencias de la ocupación de Marruecos.

Pero esto, con ser censurable, no lo sería tanto como el que nosotros dejáramos de hacer lo que á España conviniere, por atender consejos ó seguir indicaciones que no respondieran á la resolución del problema que tenemos entre manos.

Hagamos lo que debemos, y que cada cual opine lo que quiera.

El alma de Garibay

Ni sube, ni baja, ni se está quedo el Sr. Canalejas. Discursos, palabras, intervius, y total: una cruz de palo que su ilustrísima evangelista de Madrid ha colocado positivamente en la fachada de su capilla, cosa que tienen en las suyas

particulares todo hijo de vecino, los certeros piadosos, las chocolaterías del Pilar, las fabricas de bebidas frías y aun otras empresas menos santas.

Esa cruz de quita y pon dirá á la posteridad: «he aquí la obra monumental de seis meses de gobierno radical.»

A los clericales

¡Embusteros! ¡Farsantes! ¡Cobardes!... Después de haber dicho, por boca de un Urquijo, que quisiera ó no quisiera el gobierno se llevara á cabo en Bilbao la manifestación carlista del día 7, suspendisteis el acto en cuanto se os amenazó con un proceso.

Si los clericales de escalera abajo no fueran tan rocines, os hubieran ya mandado á la M., por comprometerlos de ese modo.

¡Vaya una manera de demostrar que estáis dispuestos á perder la vida por el Señor que os azuza desde Roma, y que sois hombres de convicciones firmes!

En cuanto os dicen que van á ponerlos á la sombra, os volvéis la boca orificio.

Lo malo será que el gobierno deje de sacar del hecho la enseñanza que ha de jado, y que es esta:

En cuanto chilléis, un juez; en cuanto amenacéis, á la cárcel; y en cuanto se levante una partida de cuatro carcas, ¡al cielo un Urquijo!, ¡ó un Comillas!, ¡ó un obispo!

Y el Nuncio á la frontera entre dos guardias civiles; y el pueblo á los conventos; y la nómina eclesiástica suprimida...

Y á ver si así hay guerra. ¡Cómo no haya!...

¿Que si he aprendido en viernes esta canción? ¿Que si me parezco á los loros que empalagan al verbo divino con su gergo lorito real?...

Lo que queráis. Me importa poco lo que opinéis.

El Concordato

Lo que no quiere hacerse

El gobierno dará cuenta á las Cortes del uso que ha hecho de esta autorización. (Apl. de la Ley de 18 de Mayo de 1849, autorizando la negociación del Concordato.)

Lo que así firméis, lo observare y cumplire y lo haré observar y cumplir. (Real Decreto de la Reina de 10 de Febrero de 1851, promulgando en lo de nuestra patria peninsular que se cumpla en todas sus partes, el Real Decreto de 12 Abril de 1851.)

«Enjo convenio, con todos los artículos que en él se contienen, queremos que se tenga por notificado, aprobado y confirmado.» (Reale de Pio IX, 21 de Abril de 1851.)

El Sr. Canalejas ha prometido de mil maneras proceder «radicalmente». No

me contentaría con que, formando plena conciencia de su deber de Presidente del Consejo, *procediese honradamente* en exigir la total é inmediata aplicación del Concordato, en su letra y espíritu, castigando las transgresiones cometidas. Para esto tiene la facultad de la *palabra real* empeñada solemnemente y la *confirmación pontificia* que sirven de lema á este escrito.

Porque, con todo y haber sido aquel Concordato de 1851 tejido y amasado por un ministerio clerical, nos podríamos contentar con que los *radicales de hoy* llegasen en lo liberal y político á las suelas de los zapatos de aquellos clericales de antaño.

En razón de lo cual, vamos á pasar una ligera revista á los pactos del Concordato que han dejado sin cumplir la fe jura la de los reyes y pontífices y la mala fe é idiotismo de los ministros, para venir á parar á esta conclusión: «España ha sido traicionada constantemente por sus gobiernos»; y llamo traición, en todo el rigor de la palabra, por que la patria y el patrimonio de la Patria no es sólo un *territorio*, sino que además comprende los privilegios, derechos y haberes del orden político, económico ó moral, que nuestros padres y abuelos conquistaron y nos legaron en herencia; que el fuero á veces se antepone al hueco y hay fueros equivalentes y aun preferibles á muchas leguas de territorio.

Pues bien; en aquel *concordato clerical* hay encastrados algunos tesoros de sagrado patriotismo, abandonados por los gobiernos á la rapacidad romana, considerados hoy como prescriptos, y aun aseguro que al ponerlos á la vista de los lectores, éstos quedan sorprendidos y maravillados.

La cuestión de la Enseñanza

La primera cuestión que aquí surge es la de la Enseñanza.

Por el art. 2.º «la instrucción de las Universidades, colegios, seminarios y escuelas públicas ó privadas, será en todo conforme á la doctrina de la RELIGIÓN CATÓLICA, y á este fin no se pondrá impedimento alguno á los obispos y demás prelados... á velar por la pureza de la doctrina de la fe, y de las costumbres, y sobre la educación religiosa de la juventud en el ejercicio de este cargo, aun en las escuelas públicas». El art. 3.º amplía estas facultades sobre la publicación y circulación de libros.

No se asusten los maestros: en estos dos artículos es más el ruido que las nueces, y hay que fijarse muy particularmente en las palabras usadas en el texto y puestas con gran cuidado.

Háblase de doctrina y costumbres conformes, *no á la Iglesia* tal y como hoy la entienden los teólogos y obispos; no á la voluntad y capricho del Papa, que entonces no era infalible, sino conformes á la *Religión Católica*, entendida á la moda clásica española, el cual sentido es muy distinto del que ahora le atribuyen los teólogos y escritores católicos de *pan llevar*.

No está, pues, admitido allí el *Syllabus*, ni las encíclicas de los Papas, sino lo *religioso católico*, con exclusión implícita de lo católico-político, de lo católico clerical y de todo lo jesuítico.

Y aquellas doctrinas y costumbres «religioso-católicas», no se crea que pudiesen venir por imposición de un ex-

tranjero, ni siquiera de un Concilio ecuménico; todo ello estaba sometido al *Pase Regio* y al examen del Consejo de Castilla, obligado á impedir la introducción de novedades y supersticiones que viniesen á mermar los prestigios de la soberanía, la independencia del Estado y el bien y sosiego de los vasallos.

De modo que en virtud de esos mismos dos artículos, los obispos que intentasen corregir la instrucción ó educación escolares, habían de demostrar que sus máximas y teorías eran «religioso-católicas», empresa en la cual se estrecharían muchos mitrados y purpura los de esta iglesilla de catacúmenos, que ha venido á parar á servir de risa de los entenlimientos serios y varoniles del propio clero.

En España no basta decir «esto es erróneo porque el Papa ó la Congregación lo han declarado»; las Universidades españolas, la Inquisición española y el Consejo de Castilla han decarado no pocas veces ser falso lo que los romanos imponían como verdadero y viceversa.

El conocimiento de las doctrinas religiosas, no se reputó nunca como patrimonio exclusivo de prelados, ni de cardenales; ni el juicio de la fe y de la santidad se reservaba en absoluto al Papa. Todo eso son supercherías políticas y jesuíticas de ahora, excluidas del Concordato, por lo cual está visto que no es tan fiero ese león como lo pintan.

Pero si los obispos tienen ahí reconocido el derecho de inspección «religiosa» de la enseñanza, por su parte el gobierno por virtud de los arts. 28 y 29 se reserva el derecho de inspección de la enseñanza de los seminarios.

El Estado es el que juzga si en ellos se guardan los decretos de Trento, si la instrucción es suficiente, y aun se reserva la intervención en juzgar si los seminaristas «recibidos por los obispos y arzobispos» se conforman «á la necesidad ó utilidad de las diócesis».

Sobre la inteligencia y alcance de estos artículos, se dió el Decreto de 21 de Mayo de 1852, en cuyo art. 2.º «se ruega y encarga á los obispos, dar conocimiento al gobierno por conducto del ministro de Gracia y Justicia, de todos los nombramientos de rector y catedráticos, *con expresión de los méritos, servicios y demás circunstancias de los nombrados*, y de cualquiera alteración que introduzcan en el plan de estudios».

Los arts. 6.º y 7.º de este Real decreto insisten en someter y ajustar el número de seminaristas externos y internos, á la «necesidad y utilidad» y en cuanto á los externos, los diocesanos «podrán admitirlos... *proponiéndolo al gobierno y previa su conformidad*».

En 28 de Septiembre de 1852, la reina sancionó y fijó el *Plan de Estudios* de los seminarios, puntualizándolos por menor, mandando á los obispos «avisar á su tiempo al ministro, de cualquiera variación que se introdujere». Entre otras cosas notables de este plan, debe señalarse la fijación de libros de texto.

Nada de esto se ha cumplido. Los ministros del rey han visto las repetidas algaradas que clericales y obispos han promovido sobre la enseñanza oficial, sin que á ninguno se les haya ocurrido suspenderlas exigiendo de ellos la sumisión á estos preceptos «concordados».

En los seminarios se ha dado la ense-

ñanza y se ha impuesto la disciplina á capricho de los obispos, erigidos en tiranos intemperantes de profesores y alumnos; han quitado asignaturas, las han puesto nuevas, han variado los textos; han nombrado catedráticos á sujetos perfectamente inútiles y ridículos; en una palabra, los seminarios, en manos de tales jefes, han venido á ser no pocas veces, centros de horrible inmoralidad y de embrutecimiento intelectual, como nadie puede imaginarse, hasta hacer al clero español célebre en el mundo por su ignorancia y mala conducta.

Menospreciando los ruegos y encargos reales, los obispos han ordenado á roso y belloso, sin respeto á la «necesidad y utilidad» que tenían puestos como límites de sus facultades ordenatorias, llenando los pueblos y ciudades de capellanes *sin cura*, de cleriguillos sin oficio ni beneficio, de saltatumbas medio mendigos y medio vagos, sin más destino que el de vivaquear escandalizando, corrompiéndose ellos y corrompiendo á los demás.

Y he aquí unas magníficas atribuciones del gobierno algo más prácticas y positivas que las de los *signos exteriores*; someter á los obispos á este *Concordato*, obligándoles á mantener de las rentas de la mitra, según la *honestidad clerical-católica*, á todos los ordenados *contra la necesidad y utilidad* de las diócesis; revisar los textos y castigar á aquellos que hayan permitido enseñar como *religiosas católicas* las doctrinas *políticas-clericales* atentatorias contra el Estado, contra la moral pública y contra la paz del pueblo.

Para esto no se necesitan nuevas leyes, ni siquiera reales decretos; ahí están dados ya previamente: sólo hace falta *ejecutarlos* y cumplirlos honradamente, según lo juraron los reyes, según se estipuló con los Nuncios, y según lo reclama el bien público y según lo exige la dignidad nacional.

¿Faltan agallas para eso? Pues... no se necesita más proyectos de ley que éste: Artículo único: La Monarquía Constitucional se declara impotente para ejecutar las leyes por ella misma promulgadas.

Aquí veremos si Canalejas es anticlerical, ó si es más clerical que el propio Concordato.

S. PEY ORDEIX

Las orejas del lobo

Ya va saliendo aquello. He aquí por dónde:

«PARÍS 9.—Comunica el corresponsal del *Echo de Paris* en Viena que, según parece, la reina María Cristina pidió al emperador Francisco José interviniera acerca del Papa.

Se dice que se debe á la influencia del emperador de Austria el tono conciliador de la contestación del Vaticano á la última nota del gobierno español.»

Si por mediación del eterno enemigo de España, ó sea del diablo austriaco, el Papa cede ahora, es que antes aquel diablo le mandaba tirar.

Y tanto cuando tira como cuando afloja, el mal de España es seguro.

¿Afloja el Vaticano por indicación de Austria?

De todos modos sabemos que los destinos de España dependen de Austria. Y que hay quien se interesa por nosotros sin pedírselo y aun contra nuestra voluntad. ¿Es que al romper las relaciones con el Vaticano se romperían otras cosas? ¿Es que el Nuncio no saldría sólo? ¿Es que Austria habría de levantar el pie con que oprime nuestra garganta?

¿Jesuita y afloja?... Su cuenta le tiene. Todo el interés de España debe estar en romper. ¡Y cuanto antes!

Anfibiedades

Puestos en el terreno de las *jarsas concordadas*, hemos de suponer que lo de la agitación carlista del Norte está *concordada* con todos los detalles de las lágrimas del Papa inconsolable, de las proclamas bíblicas, de las juntas revolucionarias, de los procesamientos de cal ecías, del movimiento de tropas contra los carlistas... ¡Todo parece concordado!

El nuncio estaba comprometido á presidir el mitin político-revolucionario, y ¡no se le dió inmediatamente el pasaporte! El Papa ha teleografiado por los hilos oficiales del Estado sus plácemes y bendiciones equivalentes á sofismas, faltando á las *regalias concordadas* y menospreciando el Pase Regio, ¡y el gobierno no rompe!

Y Merry se pone al habla con D. Jaime, rival de soberanía de Alfonso XIII, ahijado del Papa; y cunde por el mundo el rumor de guerra civil... ¡y aquí nada! Los clericales llegan á susurrar el atentado personal, y los obispos callados, y el gobierno pagándoles sus haberes...

¿Es que todo eso está *concordado*?

Merry de acuerdo con Canalejas; Canalejas de acuerdo con Maura; Maura de acuerdo con el general de los jesuitas...

¿En dónde estamos? ¿Quién gobierna? ¿Qué anfibiedades son éstas?

Contradicciones

Alfonso XIII conferencia con Briand. ¿Qué significa esto? Nada entre dos platos. Tanto ocultismo huele á jesuita que apesta.

Se han publicado en parte los términos de las negociaciones con Roma; se guarda oculta la otra parte. El pueblo español es llevado á ciegas por entre barrancos de muerte flanqueados por abismos. Nadie ve nada. Las teorías de Canalejas son contradictorias en sus términos. Las palabras son contradichas por sus obras. La prensa de Madrid ha logrado quizás cierta libertad inusitada, de la cual, justo es confesarlo, nadie abusa mayormente; pero esto

no basta; aplaudimos á Canalejas en esto; en lo demás ¿en qué le vamos á aplaudir? ¿En sus discursos de oposición, ó en sus actos de gobernante?

Lo sentiré

Aunque eternamente ha sido un radical convencido,

si se cierran los conventos lanzaré amargos lamentos

Y empaparé mil esponjas] en lágrimas, por las monjas...

¿Qué por qué, lector piadoso?... Pues... porque soy muy goloso.

Y son las «madres» y «hermanas» cocineras soberanas.

¡Qué bollo tan excelente hacen las de San Vicente!

¡Qué yemas tienen tan ricas las hermanas Dominicas!

¡Qué bien hacen las Oblatas las tortillas con patatas!

¡Cómo ponen el conejo las «madres» de San Alejo!

¡Qué dulces saben las fresas de las monjitas Salesas!

¡Qué peras hacen tan finas las hermanas Ursulinas!

¡Qué huevos moles tan gratos baten las Paulas, á ratos!

¡Qué bien sabe la arropía de las Siervas de María!

¡Cómo endulzan el melón las del Sacro Corazón!

¡Qué mermelada tan sana hace, en Loreto, sor Juana!

¡Qué guindas, dulces y lisas, tienen las monjas Clarisas!

Y ¡qué castañas «glacés» tienen las de Leganés!

Por eso, lector amado, odio la «Ley del Candado»,

que cierra, traidora y dura, el paso á la confitura.

Y sentiré muy de veras se acaben yemas y peras,

que son, en estos momentos, manjar de nuestros conventos.

LUIS DE TAPIA

¡Qué lástima!

El Mundo publicó un telegrama firmado por varios duques, marqueses, condes y barones residentes en San Sebastián, manifestando que habían visto

con agrado la función de gala clerical allí anunciada.

Lo que no dicen esos duques, etcétera, es cuántos hijos tienen ellos en el ejército y cuánta contribución pagan al Estado y cuanto cobran. Son modestos.

Más, mucho más nos habríamos alegrado nosotros. Aquella *manifestación* prometía ser magnífica. ¡Qué lástima que esos duques, marqueses, barones con b, y demás títulos sin oficio, no tuviesen ocasión de lucir sus boinas y sus habilidades de cabecillas... ó de cabezotas ó de cabezuelas ó de calabacines... ó lo que sea!... ¡Qué lástima no poder examinar la *varonía* de esos *barones*!...

Porque urge, urge mucho acabar con los *Matasiete* clericales.

Laguarda, cabecilla de cruzada

Leemos:

«El obispo de Barcelona ha mandado por el *Boletín Eclesiástico*, hacer rogativas para que el gobierno cambie de línea de conducta en la cuestión religiosa.»

Esto quiere decir que predica *modo pharisaico* la guerra santa contra Canalejas.

Si Laguarda quisiera ser franco, mandaría hacer rogativas para que él, sus paniaguados y demás consortes puedan continuar explotando el Estado y el pueblo, degollar suicidas, matar doncellas en los conventos, secuestrar solteras, desflorar vírgenes, raptar testamentos, mangonear fondos de usura, percibir el tributo del purgatorio y del infierno y pasearse en automóvil echando cruces y sortilegios... ¡Qué de eso se trata y no de religión, amigo Laguarda!

Nosotros haremos rogativas por ver á Laguarda en el estado de Prat, su hijo y hermano de ministerio, tratándole á él según él trata á los otros. Amén.

La víctima de las Oblatas

En la espera de los gazapos

Se publicó nuestro número anterior sin haberse hecho público el dictamen de los médicos forenses. Esta lentitud, si no es para dar largas al lío y tiempo á los culpables para enterrar las culpas, y si ha de ser para mejor fundamentar el peritaje, lo celebramos.

No es cosa tan fácil emitir un dictamen razonado sobre hechos que requieren muchos y muy complicados análisis.

Ya ven los funcionarios oficiales que no somos impacientes; de esta gestación tranquila «puede salir» un parto brillante y bien sazonado. Y también, siguiendo el estilo de los médicos del rey que rabió, «puede ser» que salte el gazapo chillando:

—¡Parieron tarde y salió hembra!

Ya examinaremos el sexo cuando se nos exhiba el infante.

Pero bien... La ley de Enjuiciamiento criminal señala los términos en que procede el procesamiento, detención de reos, prisión preventiva, etc., etc.

Los tribunales y la policía españoles han dado repetidas veces pruebas inequívocas de tener larga vista para los «indicios criminales» y excelente mano para las prisiones preventivas.

¿Cuántas y cuáles medidas preventivas se han tomado en esta causa y cuántos detenidos hay... «por si acaso»?

¿Aquí no cabe aplicar el «distingue tempora et concordabis jura», ya que los tiempos son los mismos? ¿Habrá que corregir el aforismo en este sentido: «distingue reos et concordabis embutum»?

Que Teresa Torres murió, parece cosa bien cierta.

Que antes de entrar en el convento estaba fresca y rolliza, además del retrato lo dicen sus conocidos.

Que alguien la mató antes de tiempo, parece cosa innegable.

—¿Quién la mató?

—Una pulmonía! Una tuberculosis!

—Bien; quien dice eso dice una hoja de puñal que la atravesó el pulmón ó una bala de plomo que la destrozó la plura.

El puñal y la bala son responsables primeros; pero ellos no se metieron en las vísceras libre y voluntariamente, como tampoco la pleuresía ni la tuberculosis. ¿Quién les metió y les forzó á meterse? ¿Cómo? ¿Cuándo? Esto deben decirnos los médicos legistas. El juez dirá con que derecho.

Teresa Torres era castigada por blasfemar, según cuentan las Oblatas.

No basta; es preciso que precisen las blasfemias con todas sus palabras.

Si Teresa fué libremente al convento y estaba allí libremente, no es verosímil que blasfemase y en todo caso sería por desesperación de otras cosas.

Puntualícense las blasfemias.

Que las monjas á cualquiera cosa llaman blasfemias si es para reventar al prójimo, y á todo lo llaman caridad si es para salvarse ellas.

Las monjas dijeron que los cardenales que tenía en la cara se los había causado la misma Teresa.

¿Y los arañazos de los muslos?

Si ella se torturaba atrocemente ¿por qué y en virtud de qué?

El confesor debe estar enterado si esto provenía de furor religioso ó no.

Y está obligado á declararlo, como le forzaría á ello la curia romana en proceso de beatificación ó de inquisición, sin que le valga la condición de confesor, pues eso no es «materia formal de confesión».

Está obligado á declarar todo lo que sepa como «director espiritual», que no es lo mismo que «confesor». El secreto sacramental sólo alcanza á la materia de rigurosa «confesión», es decir, al «pecado».

Así lo entienden los jueces eclesiásticos.

Seguiremos ocupándonos de este asunto, en el que vemos que la prensa va aflojando.

O con unos ó con otros

Si sus amigos quieren bien á Canalejas, le harán observar que es hora de *hacer algo*; que la opinión liberal va perdiendo la confianza en él; y esta opinión liberal, que acaba de demostrar con elocuencia superior á la de todos los partidos monárquicos que antepone la patria á la república y que cuando se trata de redimir la patria del yugo extranjero clerical olvida los agravios recibidos de los corrompidos partidos monárquicos; esa masa de opinión, á quien debe el poder Canalejas, que no á Maura, ni á su partido, ni á la corona, ni á sus propios méritos; esa opinión se cansa..., se pregunta si está siendo chasqueada, y comienza á fruncir el entrecejo...

El éxodo ha comenzado ya; no lo dude Canalejas.

La vida le es demasiado trágica al pueblo español para que pueda sacar el gusto á las comedias oficiales.

Y esta opinión le intima con este apremiante dilema: *ó conmigo ó contra mí.*

A Eduardo Barriobero

abogado del padre de Teresa Torres
contra las Oblatas de Ciempozuelos.

Querido amigo: En cuanto á la manera de *atacar* el caso particular del presunto asesinato de Teresa Torres, huelga toda indicación y basta con felicitarnos de la presencia de usted en la causa.

De esperar es que la prensa radical no ceje en esta campaña, coadyuvando como hasta aquí al esclarecimiento de los hechos, á fin de dar á los oficiales de la justicia el aliento y socorro que necesitan en esta empresa de gigantes.

Pero quizás no esté de más una indicación que me permito hacerle, y es la conveniencia de demostrar al público que este caso *no es particular* en el hecho, sino en el descubrimiento, y que en todas las casas religiosas, así de hombres como de mujeres, se realizan á diario otros parecidos, en virtud y cumplimiento de las Reglas, según el recto espíritu eclesiástico.

Esto es tan importante que, si la acción judicial y la de la prensa se enderezan bebidamente, en vez de ser un proceso contra las Oblatas, será un *proceso* contra el monaquismo y aun contra la moral eclesiástica.

Y este debe ser el verdadero objeto transcendental. En cada casa conventual existen víctimas en diversos grados de *homicidio* y por procedimientos los más varios: desde el *heautontimorumenos* sugestionado á suicidarse con el tormento lento, hasta el emparedado en el *Impace*.

Sea su acusación una catilinaria contra la Iglesia, retratada de cuerpo entero en el presunto asesinato de Teresa To-

rres cometido en el convento de Oblatas de Ciempozuelos, y el modelo que pueda servir de norma á todos los procesos de esta índole.

Entre las felicitaciones que usted recibirá, saboree usted de un modo especial las que no recibirá, es decir, la de todas las monjas y frailes, colegiales y reclusas de los conventos, víctimas del furor eclesiástico, que no podrán expresarle á usted su agradecimiento y la esperanza de su alivio que ponen en su labor de usted.

Animo y victoria.

R. M.

O España, ó Roma

En las presentes circunstancias la parsimonia de Canalejas no tiene justificación. ¿Qué teme del clericalismo, si todo el mundo anticlerical está dispuesto á aplastarlo de un zarpaço que acabe con él? ¿Quiere domar la fiera indomable que á tantos domadores ha destruido?

Sépalos el gobierno: *el acuerdo con Roma es el desacuerdo con el pueblo.* Elija Canalejas entre el título de *ministro pontificio* ó de *jefe democrático*.

Los términos no pueden ser más claros.

Los más y los mejores

Firme la voz,
serena la mirada,
del mundo en faz
cantemos nuestra fé.

El mundo clerical está lleno de para dojas. Ellos son los más puros, los más numerosos, los más ricos, los más valientes, y, sin embargo, gritan á voz en cuello que están perseguidos, humillados y pisoteados todas sus prerrogativas y derechos. ¿En qué quedamos, señores neos? ¿Son ustedes las víctimas ó son los verdugos?...

Un lector me pregunta:

—¿Se puede ser católico y anticlerical?

Distingo, P. Domingo. Si el catolicismo de hoy fuera lo que debiera ser sí, señor: pero tal como hoy se entiende y practica el catolicismo, no se puede ser católico y anticlerical. El que hoy sea anticlerical *deja de ser católico*; no hay que darle vueltas. Y si no, que lo digan los obispos, párrocos, confesores, predicadores y los frailes á quienes se haga esta consulta. Ya, ya sé yo muy bien que una cosa es la religión y otra el clericalismo, pues el último supone siempre abuso ó intromisión en órbitas y esferas que no son las suyas. Tampoco es lo mismo teocracia que clericalismo, aunque se confundan sus confines. Cuando á un gobierno se le tilda de clerical, suele contestar (Maura lo ha dicho muchas veces):

—¿Acaso dictan las leyes los curas, presiden los tribunales y rigen el Ejército?

No hace falta eso para que haya clericalismo. El que los decretos de la «Gaceta» no aparezcan refrendados por

los obispos no exime á un partido de la nota de clerical. ¿Influyen los clérigos en todos los mecanismos y ruedas de la vida social é individual, sometiéndolo todo á su influjo é interés? Pues hay clericalismo en el país donde tal suceda, aunque el jefe del Estado fuera un voltaire y su primer ministro un Juliano el Apóstata.

Los partidarios de los paños calientes, de las medias tintas, los que quieren armonizar sus escrúpulos con la nómina, afirman que se puede ser archicatólico y anticlerical. Esto se lo hemos oído decir á muchos ministros, senadores y diputados; el mismo Canalejas lo ha repetido hace pocos días. Pues no, señor; no vale la escapatoria ni el sufragio. Tal cómo hoy está constituida la Iglesia, según sus enseñanzas, máximas y teorías, católico y anticlerical son dos términos antitéticos: ser lo último implica, necesariamente, la adjuración de lo primero.

—El clericalismo es la religión—dijo el actual arzobispo de Sevilla, señor Almaraz, con aquel talentazo que le distingue, cuando era obispo de Avila.

Distingo también, señor obispo por la gracia de las damas de la Santa Faz, de Madrid. Si por religión entiende S. I. la católica, concedo; si entiende el sentimiento religioso en general, niego.

Se puede ser religioso y anticlerical; se puede ser cristiano y anticlerical; pero no católico y anticlerical. Y nótese que el «clericalismo» se puede dar, y se da de hecho, en todas las religiones positivas.

¿Cuánto no se trabajó, escribió y disputó para armonizar el catolicismo con el liberalismo? Pues todo fué en vano; ahí están chorreando textos y anatemas los «Syllabus» de Pío IX y Pío X.

—Yo voy á misa, confieso, comulgo, ayuno, creo en todo el dogma, venero la infalibilidad pontificia, etc., etc., pero soy anticlerical.

¿Sí, eh? Pues dígaselo usted á su confesor y verá lo que le responde.

Es inútil perder el tiempo en logomaquias; los campos están bien deslindados; no hay, ni puede haber más que dos ejércitos combatientes: católicos y anticlericales. «El que no está conmigo está contra mí»—dijo Jesús, y así es.

El que está con la Iglesia en una cosa debe estarlo en todas, y si no es un mal católico; el que milita ó marcha al lado de los anticlericales tiene que abrazar y defender todo lo que su programa encierra; de lo contrario, es un falso hermano, un traidor, un espía.

Desvanecidas así las sombras, bien trazada la línea que nos separa, ¿quiénes son más y más poderosos, ellos ó nosotros?

Según ellos, en su campo figuran los hombres más sensatos, los más honrados, los más instruidos; los que poseen más dinero y los más influyentes; según estos datos, la victoria debe ser forzosamente suya, mucho más teniendo en su favor el monopolio de la protección divina y las estacas del brazo secular, léase pólvora y balas. ¿Y nosotros? ¿Quiénes somos nosotros?

¡Ah! Según nuestros enemigos, la hez social, cuatro gatos hambrientos, sucios, sin camisa, sin más prosélitos que los ladrones, prostitutas y carne de presidio. ¿Esto somos? Sí, señor; así lo afirman ellos á diario.

Pero al mismo tiempo que esto afir-

man, el Papa, los obispos, los curas, monjas, frailes, damas aristocráticas, jesuitas de capa corta, banqueros y políticos eminentes declaran airados que la Iglesia está en España perseguida, el episcopado humillado, el clero despreciado, el monaquismo acorralado, las almas buenas asustadas y todos los derechos y privilegios de la Iglesia pisoteados. ¿Por quién? Por la vil canalla anticlerical. ¿Pues no habíamos quedado en que éramos cuatro sinvergüenzas ahitos de aguardiente y sin calzones? ¿Cómo hemos podido llevar á cabo tan gigantesca empresa sin poseer nada de lo que «humanamente» da las victorias? Si vosotros sois los más y los mejores ¿cómo os habeis dejado arrollar por cuatro hambrientos, residuos de cloaca? ¿Está la Iglesia y los que á su sombra viven perseguidos en España ó no? Si lo están, ¿qué hacen vuestras infinitas legiones de soldados ricos, influyentes, valerosos, secundados por el cielo, que no salen á defenderla? Si no lo están, ¿que significa ese diluvio de protestas, mensajes, notas, mítines, gritos, clamoreos, llantos femeninos y suspiros de agonía?

Hay que resolver este problema y aclarar este enigma: Si la Iglesia está tan perseguida en España, sus adalides son tantos como poderosos, y sus enemigos cuatro locos corroidos por el alcohol y el vicio, hay que reconocer ó que estos locos son la mayoría inmensa del país y con muchas agallas, ó que los soldados «pro Ecclesia et Pontifice» son muy escasos y con muy pocos... riñones. El dilema no tiene vuelta de hoja.

FRAY GERUNDIO

COSAS DE LA BUENA PRENSA

Coces y mugidos

Amigo D. José: A usted, que es el hombre que por la causa sabe gastarse espléndidamente los monises, voy á proponerle una iniciativa, á ver si resulta más eficaz que las buenas razones que constantemente aduce contra el clericalismo en su faro semanal, por otro nombre EL MOTÍN.

La iniciativa es sencillamente que adquiera un saldo de bozales y los reparta á granel entre los muchos carcundas hidrófobos que por ahí andan sueltos; mande una cantidad respetable á esta provincia de Avila, donde los tales se costean un papelucho pedescrito en tal lenguaje, que ni los mismos que sobre sus columnas eructan se atreven á firmar sus deyecciones.

Es el caso que este periódico, que se llama *El Diario*, cansado ya de hozar sobre la tumba de Ferrer, la emprende ahora con la de D. Emilio Castelar, al cual, como si fuera un Rosa Samaniego, un Santa Cruz ó un Cucala cualquiera, llama «¡tristemente célebre!» después que se aprovecha de unos párrafos suyos para amparar un artículo que por esto tiene cabeza, y que si no, no tendría más que las cuatro patas del autor anónimo.

Como este lenguaje, grosero, injusto y repugnante, va siendo ya demasiado corriente entre los avechuchos de sacristía, creo muy oportuno el empleo del bozal y el reconocimiento de un

conciencizado veterinario que dictamine en qué grados de hidrofobia se encuentra, para saber hasta dónde podemos fiarnos al salir á la calle los pacíficos vecinos.

No le canso más; haga el encargo que con mucha necesidad le piden conmigo todas las personas de sentido común que, irritadas, protestaron cuando yo leía en un café público el engendro mencionado.

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo

En el año 1909 han emigrado de España ciento once mil nacionales y han inmigrado mil cien frailes.

Cada fraile que entra arroja á diez españoles, explota á otros diez y mata á otros veinte.

De Bibliotecas, Archivos y oficinas públicas

Muy bien por el gobierno liberal; hay que acabar con esa vergüenza española. Cualquiera oficina pública á que se haya de acudir, se *siente* el ningún aprecio, mejor dicho, el profundo desprecio que el público merece al señor don Empleado.

En los juzgados, en los ministerios, en Correos, en el Giro Mutuo, en todas partes, ¿hay nada más ridículo, más salvaje, más inculto que la fila de gentes que en días de lluvia y en invierno *to-man vez* en la calle de Carretas, esperando el certificado? ¡Detestable, detestabilísimo! ¿Qué oficina central para una capital de nación! La prensa de París pone el grito en el cielo porque un certificado exige más de cinco minutos, cuando en Alemania se despacha en minuto y medio... ¿Por qué no han de poder certificar todos los estancos? Pues no... Se ve que en España el Estado no se fia de sus empleados. Nevando, lloviendo, granizando, ventisqueando, la cola de Correos en la calle más céntrica de la capital, publica nuestra *cultura*. Una sala sin sala; unas taquillas que más parecen gateras, sin un asiento; en fin, nada; un vestíbulo para gentes acostumbradas á dormir al sereno y á mendigar de puerta en puerta.

¿Del Giro Mutuo? Una delicia. El público parece una galería de monos en ejercicio de títeres. Se forma procesión... «Que ahora adelante, que atrás... Se gritan los nombres de los que van á cobrar como si los pasasen en revista policiaca y en rueda de presos... En fin, lo indecente, lo que no se ve en ninguna parte.

Pues, ¿y los tranvías? Un desconcierto. Ni una estación, ni una garita para dar número de orden... Se toman por asalto. Un viejo ó una niña que intenten tomarlos, se ven echados á empujones. El que más puede..., como en las selvas.

¿En valores declarados? La identi-

cación personal es un problema que ya... Como en el Giro Mutuo... En todo y en cada detalle se ve que el *honrado Estado* español parte del culto principio de que el público es un apache mientras no demuestre lo contrario.

¿Las Bibliotecas y Archivos?... No habremos. Los catálogos son el sagrario de los empleados. El Bibliotecario retira los libros que quiere. No son exposiciones de libros, sino cárceles de libros. Sin excepción, el servicio es pésimo. Hube de asistir á la Nacional; fuí dos veces: no tuve valor para repetir la tercera; es perder el tiempo en idas, en esperas y en cumplidos. Aun la Biblioteca Arús, de Barcelona, ¡qué de ceremonia! ¡Qué de pedantería! ¡Qué de pelen dengue! Nada: todo á modo caciquil. Son públicos para empleados y no empleados para públicos.

¿En la Nacional? Libros publicados desde hace diez años, no se sirven al público. ¡Ni el último censo! Hube de ir á buscarlo á las oficinas de Estadística, y allí por favor... No hablemos: el escándalo continuo.

Y los archivos eclesiásticos:

Esperamos que el gobierno sentará la mano ahí: ahí precisamente. Los archivos catedrales han de ser públicos, como público ha de ser todo lo que el público paga. No es lícito secuestrar la historia, ni embaular la verdad; ¡aire!

¡Todo público!

El Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios parece convertirse en una masonería, mejor dicho, en una cofradía de magos, dueños de los secretos históricos, que publican lo que quieren y callan lo que quieren. El boletín de la Academia de la Historia se cae de noño, de tonto, de *unilateral*, de clerical hasta las cachas. ¡Aire! ¡Mucho aire! Hay que ventilar y orear esos rincones... Los empleados quitan una polilla para hacerse ellos polilla.

Entre por esos centros el ministro de Instrucción sacudiendo firme esos *polvos misteriosos* que tan hábilmente explota el clericalismo. ¡Duro, muy duro!

Los empleados á trabajar y á servir al público, y no á explotar sus destinos.

A laicizar eso.

El Motín envía un entusiasta saludo al Congreso Internacional y Universal del Libre Pensamiento que se celebrará en Bruselas el 21, 22, 23 y 24 de este mes, augurando el mejor éxito á sus trabajos.

La Mitra

El periódico de ese título que se publica en Lérida, está siendo objeto de una persecución inaudita, por complacer á los clericales.

El primer número fué denunciado entero; á poco fueron encarcelados por otro número dos redactores; en otro le

denunciaron dos artículos; y así sucesivamente; amén de las condenaciones del obispo y clérigos de menor cuantía en el púlpito y en los papeles clericales.

Uno de los últimos números, el 31, se declaró Lerroux autor del artículo denunciado, y, á pesar de esto, siguen molestando á los redactores.

El último, el 32, ha traído por consecuencia el encarcelamiento del director D. Jaime Jase, y después, la de don Humberto Font, redactor y autor del artículo.

Parecía lógico que, una vez preso el autor, hubiese sido puesto en libertad el director; mas no ha sido así, y en la cárcel continúa.

Las anomalías cometidas al practicar las detenciones fueron varias. Al director se le hizo ir al Juzgado sin previa citación escrita, y una vez allí, y por sorpresa, se le detuvo, siendo inficuamente «esposado», sin que le valiesen las protestas que hizo.

Los periódicos reaccionarios aplauden estos atropellos é insultan á los redactores.

Pero, Sr. Canalejas, ¿qué es ésto? ¿Cómo puede tolerar un gobierno democrático que se proceda así contra un periódico, ni que se prenda á sus redactores, hasta sin cumplirse las formalidades de la ley?

Es preferible suponer que usted no se ha enterado, á creer que autorice tales ilegalidades é injusticias.

Si continuasen después de saberlas usted, habría que decirle: «Para estas arbitrariedades y atropellos, ya se bastaba Maura».

Comparación que nada le favorece.

Tome usted, pues, cartas en el asunto, y haga que la justicia y la democracia prevalezcan.

Sigue la comedia

¿La ruptura con el Vaticano?

No hay tal ruptura. El embajador y el nuncio siguen cobrando, y el representante de Canalejas ante el Papa, soberano *in partibus*, asiste oficialmente á las recepciones diplomáticas del Vaticano, conversando extensamente con Merry del Val.

¿Qué hay, pues, de lo dicho? Averigüelo Vargas.

Resulta cumplida la profecía sobre la ruptura concordada.

La suciedad ponzoñosa carcoma de la fe

Este fenómeno se está produciendo en Inglaterra, como en todas partes. Las iglesias quedan por momentos abandonadas á los chinches, ratones y cucarachas; las gentes huyen al *tennis*, al *automovilismo*, al *foot-ball* y á toda suerte de diversiones confortadoras del cuerpo y del espíritu.

Ya no le bastan á la Iglesia su música, sus orquestas, sus coros, sus grandes templos, sus vidrieras de colores, sus combinaciones de luces, sus orado-

res amanerados; ya no le bastan los ricos ornamentos, ni las aparatosas ceremonias, ni sus artísticos retablos, ni sus riquezas de orfebrería, ni el humo de sus estudiados inciensos. Los fieles se ahogan en el templo: sienten la asfixia y huyen.

El obispo Mercier dedícase á fundar centros de *foot-ball*; y en todas partes el clero, convencido de su impotencia para atraer las gentes á la Iglesia, conságrase á fundar gimnasios, círculos de recreo y juego y teatros; en Barcelona se inauguraron ya los bailes católicos; los frailes de Mtserrat en España y Sor Cándida en Francia, fundan hoteles y restaurans, y bien pronto veremos, como en tiempos de Sixto IV, los burdeles *católicos*, cuyos ingresos servirán para costear el culto del Sacramento, como ocurrió en Sevilla. El acabose.

La Iglesia no rehusará ningún medio utilizable para su negocio.

SUPLICA

Al señor ministro de Gracia y Justicia

Me dirijo á usted, cansado ya de hacerlo al director de Penales, porque este señor, si bien pródigo en promesas, es cicatero en obras; y me dirijo en son de súplica, por ser pocas las veces que los gobiernos escuchan en España á los que piden en nombre de la justicia.

La Cárcel Modelo de Madrid ha vuelto á ser lo que fué en otros tiempos; un conjunto inenarrable de vejaciones, atropellos y crueldades.

Y como esto pudiera dar un día lugar á incidentes que nos deshonrasen ante nuestros propios ojos y ante los ajenos, me creo en el deber de indicarle á usted algo de lo que ocurre, por si quiere ponerle el remedio que debiera haberle puesto el que está al frente de la Dirección general.

Allí, Sr. ministro, el que entra en una celda que no tiene manta, se pasa sin ella el tiempo que dura su prisión.

Allí, á los presos que salen, se le suprime el pan del día, y eso que salen muchos á las siete de la tarde.

Allí se prescinde del paseo los domingos; y el que sale el sábado á las ocho de la mañana, no vuelve á respirar aire puro hasta las cuatro de la tarde del lunes.

Allí continúan en celdas de castigo los presos por consecuencia del último plante, ocurrido hace un mes próximamente, siendo así que el Reglamento sólo autoriza ese castigo durante tres días. Entre ellos hay algunos con sarna, que deberían ser curados en la enfermería, entre otras razones, para no infestar las celdas de castigo.

Allí se reciben las comidas y los encargos á las diez de la mañana, y no se reparten hasta la una y media de la tarde.

Allí, en vez de la hora de luz eléctrica

ca que marca el Reglamento. Se da cuarenta minutos, y no se permite que los presos suplan esta falta con velas.

Allí no se permite leer ningún periódico ni ningún libro, llevándose la rigurosidad hasta el extremo de quitar de los encargos los trozos de papel impreso en que van envueltos.

Allí se impone por la falta más leve el castigo de cinco días á pan y agua.

Allí, para acallar el más ligero conato de protesta, se apela al garrote: del 5 al 8 de este mes fué maltratado un recluso, que está en la enfermería.

Esto se me dice, señor ministro, por individuos que salen y vienen á verme, á la vez que otras cosas más graves, que ya lo iré comunicando.

Y como todo esto, repito, pudiera traer un día consecuencias lamentables, acudo á usted suplicándole que se entere personalmente, ya que el director general, Sr. Navarrete, ó no quiere hacerlo, ó no sabe hacerlo, ó no se atreve á hacerlo.

La campaña de "El Motín" en el extranjero

En América se están repartiendo en folletos varios artículos de EL MOTÍN.

En su número del 7 de Agosto *La Pensée* de Bruselas anuncia la venta del folleto *La Vuelta de Cristo*, traducido al francés con el título. *Si le Christ revenait*. (Si Cristo volviese.)

Agradezco mucho esas muestras de atención.

Que corre prisa

Es cosa de ir tomando en serio este drama anfibio. Si Canalejas y el Papa no tienen prisa, el pueblo español la tiene, y mucha, y está harto que revienta.

Obras son amores, y no buenas razones. Seis meses lleva en el poder el gobierno radical; ¿qué ha hecho? Hablar, hablar y hablar. Y van cayendo millones en las arcas de San Pedro, y van armándose los conventos, y van haciendo víctimas por millares á diario, y el pueblo paga todos los vidrios rotos; y siguen los delitos impunes, y siguen remolones los tribunales que tanto se movieron en Agosto de 1909; y todo igual..., y el gobierno concordando con Maura y con el Vaticano la gran farsa, que si resulta graciosa para los obtentores del poder, resulta sangrienta é insoportable para las víctimas.

Seguro de vida eterna contra el infierno

Un diario en Viena, *Die Arbeiter Zeitung*, publica como cosa nueva allá, un negocio espiritual ya viejo en la prensa clerical española. Este negocio es una especie de *cooperativa mutua* para asegurar la salvación, repartiendo entre los

suscriptores el producto espiritual de 4.000 misas que se celebran mensualmente y que San Pedro abona en cuenta á los interesados.

Por un contrato especial con San Pedro, EL MOTÍN participa á sus lectores que quedan abonados gratuitamente á todas las compañías de seguros y contra seguros de la *otra vida*, quedando libres de toda pena.

Cosas que pasan

¡Vaya una bronca que se armó ayer tarde en la calle del Pez, entre dos mujercitas agraciadas y un clérigo francés! ¡Y con qué coño leña repartía el cura Luis Dudé! que es, como dice hoy la «Mala Prensa» el nombre del «mesías».

Yo creí en las virtudes evangélicas siempre, aunque alguna vez me punzara la duda con su dardo cruel. Hoy me arrepiento ya de haber dudado, y vuelve á mí la fe: ¿quién duda que los curas son humildes al ver sacudir palos á Dudé?

Es Piedad una chiquilla lindísima, angelical, que con el padre Ramón va á diario á confesar; y él, que antes era rollizo, hoy casi escuálido está; pero es tan bueno, tan bueno, que nadie sospecha mal. Es un santo: los ayunos y los cilicios, quizás lo habrán puesto así ¡Es terrible el exceso de piedad!

A esas ligas de señoras que aprietan á Canalejas, á fin de que en sus propósitos liberales retroceda, y defiendan á los frailes, ahí les va una grata nueva. En Vitoria se han cogido, en un tren que iba de Eibar un gran número de armas, para los frailes de aquella población. Pueden tranquilas vivir las señoras esas; los frailes ya están armados, que es lo que apetecen ellas.

J. BUGALLO SÁNCHEZ

España y el Papa

Esto matará aquello

Los católicos guipuzcoanos mezclaron los gritos de ¡Viva el Papa Rey! con los de ¡Muera España!

Luego el grito de ¡Viva España!, significa ¡Muera el Papa Rey!

Hace tiempo que lo venimos diciendo. Y los patrioterros fusiladores de Ferrer, qué opondrán á esto?

COLECCIÓN DE FIERAS CLERICALES

La generación que está hoy en juego y más aun la que empieza, ignoran casi por completo lo que ocurrió en las dos guerras civiles que el clero promovió el siglo pasado.

Como ahora está preparando la tercera, que iniciará en cuanto encuentre ocasión propicia, quiero prestar un servicio á la libertad, y á la patria por consiguiente, recordando los crímenes que cometieron aquellos bandidos que se llamaron Conde de España, Cabrera, el cura Santa Cruz, Saballs, Cudala, Rosa Samaniego, los infantes don Alfonso y D.^a Blanca, *Jergón*, cura de Flix, y tantos y tantos otros *defensores de Dios*, crímenes que serían hoy supe-
rados por los que están escondidos en conventos y sacristías aguardando á que se les dé indirectamente desde el Vaticano la orden de reanudar la serie de robos, asesinatos, violaciones, incendios, fusilamientos, que constituyen la especialidad de todas las guerras que se promueven con pretextos religiosos.

Y al efecto voy á comenzar mi obra patriótica, publicando en folletos parecidos á los del *Apostolado de la Verdad*, las biografías de todas esas fieras clericales, para que España sepa á lo que se expone sino corta en sus comienzos la guerra con que le amenazan los que quieren hacerla eternamente indigna de figurar entre las naciones civilizadas.

La publicación de los folletos alternará con la de los del *Apostolado*, y el primero que lanzaré será el de

El cura Santa Cruz

No quiero, si la guerra viene, tener el remordimiento de haber dejado de tocar registro alguno para impedirla, ó al menos para evitar que crezca y se desarrolle.

Leyendas

Podemos establecer que los orígenes de la Iglesia cristiana no son sino leyendas contradictorias, sin carácter de certeza y que el Dios á quien se humaniza ó el héroe á quien se diviniza—porque es lo uno para los cándidos y es lo otro para los especuladores—no ha pronunciado probablemente ninguna de las palabras que se le atribuyen, y que su acción, tal como es dado discernirla al través de las invenciones de milagros, y entre las controversias teológicas desprovistas de buena fe y de escrúpulos, se reduce á haber afirmado que el mundo iba á concluir y que volvería á aparecer él, el megalómano insensato, sobre las nubes del cielo, sentado á la derecha de Dios, para juzgar á los vivos y á los muertos.

Augusto Dide.

¡SÓLO PARA HOMBRES! SICALIPSIS MONASTICA

XIV

La boia en el sepulcro

Riñen las comadres,
y se dicen las verdades.
(Berri)

(PARA LAS MUJERES)

Mujeres, jóvenes ó ancianas, leed y guardad este capítulo. Si sois jóvenes, para leerse al taimado confesor y al mentiroso fraile que acaso intentara seduciros; si sois ancianas, para repetirlo á vuestras hijas; y todas, para que lo deis á leer á vuestras amigas, que acaso estén revoloteando entre sacristías y conventos como abubillas atraídas por el reclamo seductor, y por el del árbol donde espera sus alas la pegajosa liga mística y la red canónica para aprisionarlo.

Voy á acompañaros en la visita por el interior del claustro. No es ya aquella visita en que nos sirvió de *cicerone* Valencina el día de entrada de la novicia. Toda aquella poesía, belleza y encantos, no estaban en las cosas, sino en el cerebro ensonador é ilusionado de la novicia. Con el tiempo, aquel cerebro ha perdido los alegres bríos que trajo del mundo. La novicia pasó á monja, y la joven llegó á mujer; las horribles batallas del espíritu han consumido sus carnes; el ángel que dentro de su cuerpo trajo de allá de su casa, ángel de ilusiones, de deseos, de ensueños y de aspiraciones, ha ido cediendo el terreno al diablo. A todas les ha pasado igual, y todas ellas forman la comunidad.

Las flores del claustro fructificaron los frutos de su esterilidad; he aquí cómo nos lo cuenta Valencina en sus *Cartas á sor Margarita*, pág. 284:

«En algunas comunidades—dice, y diría mejor en todas,—no sólo está picado el fruto, sino secas las ramas y podrido el tronco de la religión: hasta la raíz está dañada de modo incurable.» (*Cartas á sor Margarita*, pág. 284)

«Estos tremendos estragos (originales por las antipatías, prevenciones y envidias) hacen de las comunidades un campo de Agramante, un incendio espantoso de aversiones y rencores, una imagen del infierno y un camino seguro para ir á él.» Aquellas «palomas inocentísimas», pintadas en las *Flores del Claustro*, aquí, en las *Cartas á sor Margarita*, pasan á ser energúmenos y unas cuantas cabezas de ciruelas, disputándose sobre quién es más hembra y más guapa mujer, llegando las inferiores á tratar á las superiores sin respeto, con palabras ásperas y atrevidas, con amenazas y con cortes de mangas (movimiento de manos) á guisa de verdulerías. (Pág. 290.)

Imagina, lectora, las venganzas más ruines, las intrigas más insidiosas, los odios más enconados, la quinta esencia de la astucia y de la malignidad, dis-

muladas con apariencia de celo religioso, de puritanismo, de austeridad y esculpido, y tendrás el cuadro de la vida conventual.

Allí se ve la virtud ultrajada, la sencillez escarnecida, la hipocresía endiosada, la perfidia elevada á autoridad. Inútilmente en el capítulo «Esperanzas consoladoras» intenta Valencina dorar este repugnante cuadro de endiabladas pasiones y de perversos instintos, para engañar á la incauta hija de familia; debajo de la bojarasca de sus flores de mística artificial aparece lo que ha dicho en sus *Cartas á sor Margarita* y que se halla repetido en mil lugares: el convento es «una imagen del infierno y un camino seguro para ir á él».

¿Qué hiciste, maldito fraile, de aquella dulce y agrida criatura que sus padres te entregaron feliz, animosa, inocente y encantadora, hambrienta de vida y amor, y tan insaciable, que, pareciéndole pocos la vida y amor terrenales, se dejó seducir por la promesa de un amor y vida eternos?

Véla, ahí, lectora, en ese capítulo de los *arrullos de paloma*, rugiendo, más bien que arrullando, sus penas. Mirala cruzar los corredores del convento, llena de asco por las compañeras cuya malignidad la llena de «desprecios, de injurias y de oprobios», «llorando lágrimas», «acusada de siniestra y tortuosa aun en las acciones más puras», «cargada de humillaciones y de afrentas», «despreciada y abatida», viendo allá en el tiempo remoto de su juventud la alegría del hogar perdido, oyendo el eco de las risotadas de los niños, el dulce estallido de los besos, la consoladora tristeza de la desdicha, resonando en su cerebro como murmullo de una patria renegada, y tendiendo delirante las manos hacia el ventano como mariposa que corre á la luz, para tropezar en las rejas del convento, hecho cárcel perpetua de su encierro.

Mirala, lectora, discurrir languida por aquellos fríos pasillos, hasta llegar enfrente de la enfermería. Párase ante ella, clavando en ella «su mirada muda» para lanzarse á la divagación. «¡Muerte... por qué tardas? ¿Por qué no vienes?»

«¡La muerte! Siente hambre de morir».

Morir es libertarse y redimirse de aquella cárcel fúnebre, de aquellas hermanas-vibras, de aquel hogar-infierno: la muerte es el término de aquellos males. ¡Muerte! Dulce esperanza de los desesperados! ¡Benéfico asilo de los expulsados de la vida! Santo refugio de los que huyen del mal insuperable. ¡Muerte! ¡Amiga muerte!... ¡Benéfica muerte! ¡Muerte agradable para aquellos á quienes la vida se ha hecho irrisoria! ¡Muerte! Tú eres el apetito de la monja; eres su amiga, su norte, su ídolo, su áncla de salvación... Ella te apelece, te ansia, te suspira; la oscuridad del sepulcro es menos tenebrosa que la luz de la capilla. La compañía de los reptiles es menos molesta que la de estas monjas, cuyos labios llevan el aguijón de avispa;

cuyas miradas son calcinantes para el alma como las del basilisco para el cuerpo; cuya soledad es preferible á esta compañía!

¡Muerte, redentora de la monja! Vo te saludo con veneración.

* *

Empero este infierno exterior es menos doloroso que el que anda por dentro.

La infeliz criatura vino al claustro con el sólo objeto de velar su virginidad; mas ¡ay! la que no quiso ser casta amiga del hombre ha sido juguete vil de la lujuria del diablo con quien ha vivido y dormido constantemente en monstruoso contubernio, sintiéndolo dentro de sí misma á todas horas, estremeciéndose al fulminante cosquilleo de sus miembros abrasadores...

«La túnica de la inocencia llena está de girones y salpicada de manchas» como himen de mujer extragada por el vicio, cuyos colgajos inútilmente quieren juntar y cicatrizar «las lágrimas derramadas».

Esto es el infierno que lleva dentro de sí; su cuerpo es el hogar del diablo; su vida es de tempestades continuas y de arrepentimientos amargos. La mujer del mundo tiene ratos de santa castidad. Los pensamientos son puros. El amor á los padres, el cuidado de los hijos, las angustias por el esposo, los pesares de la familia; todo eso es casto, puro, angelical; ahí está el espíritu moviendo el cuerpo... No así en la monja; sin padres, sin hijos, sin esposo, ¡pero siempre con el diablo!

Y aquí, ante la idea de la muerte, se aglomeran los recuerdos de tentaciones horribles, de caídas enormes, de «inocentes tónicas» hechas guirrapos; de confesiones mal hechas, de comuniones sacrilegas, de hipocresías sin cuento... ¡Condenada!

La muerte no será para ella término del mal, sino principio de otro mal mayor. De aquel sepulcro tranquilo, no surge la muerte, sino el terrible fraile, allí agazapado, convertido en demonio horrible, blandiendo los instrumentos infernales y esperando la monja para someter á nuevas torturas aquel cuerpo... ¡Pobre monja! ¡Ni en la muerte!

* *

Pero Valencina trata de prevenir en la joven á medio seducir estas objeciones: escarba la inagotable mística, falsea la situación de la monja decrepita y miente procazmente! ¡Miente!

El supone á su monja convencida de merecer el perdón de Dios, cosa falsísima: esta creencia, ante la moral católica, es un pecado de presunción. Y á partir de esta convicción, que no existe y que no puede existir, hace hablar á su monja un lenguaje fascinador, perverso sobre toda ponderación, haciendo atractiva la enfermedad y hechicera la muerte misma, convirtiéndola en escena de suprema lujuria.

Olvidándose de que la monja lleva ya muchos años de «esposa de Dios», resulta que este matrimonio no ha sido consumado todavía. Aquellos besos y deliquios, aquel chupar la sangre, aquella concepción y aquellos orgasmos, no eran actos conyugales, sino delirios libidinosos de una novia ninfómana.

Valencina promete formalmente que la boda real va a verificarse en la hora de la muerte; la muerte será la sacerdotisa que bendecirá el connubio; el sepulcro será el lecho conyugal; allí entrará en eterna cópula la monja con su amado real y positivo.

Y he aquí el monólogo archi-erótico que pone en labios de su monja:

«Y tú, amado mío, ¿cómo vendrás engalanado, para celebrar las bodas?... ¡Ay! ¡Qué hermoso vendrás! ¡Me parece verte! Tú vendrás envuelto en manto de gloria, para envolver en él a tu amada y empuñando en tu mano como Rey el cetro... Tu rostro, a manera de un sol, despedirá más rayos de luz que el astro del día en toda su plenitud; y ¡ay!... ¡Qué dicha! Cuando yo contemples sin velos ni misterios el rostro de mi Amado, ese hermoso rostro que yo he visto en sueños y que forma mis delicias y mis encantos, ¿qué sentiré? ¡Oh, qué dicha!

Pues, ¿y tu acento, Rey mío? ¿Cómo será el eco de tu voz? ¿Será tan sonoro como el murmurar de una fuente cristalina? ¿Será tan armonioso como el canto del ruiseñor, cuando en la primavera trina sobre el ciprés de mi convento, al rayar la aurora? ¿Será tan dulce y suave como el sonido de un arpa, cuando en el cielo recorre sus cuerdas la mano de un ángel, arrancando de ella melodiosos sonidos? ¡Sí... algo así, y más, mucho más, porque la naturaleza no tiene armonías comparables a tu divino acento! ¡Cielos! ¡Decidme! ¿A qué se asemeja el acento de mi amado?

Cuando yo, ¡Jesús de mi alma!, ya expirante te vea envuelto en una nube de gloria, y tus labios de rosa se abran, y con acento indefinible pronuncies el *Surge, amica mea, columba mea, et veni. Veni de Libano sponsa mea, dabo tibi coronam pro cinere...* ¿Qué haré yo entonces, vida mía?... Me arrojaré a tus pies, y tú, levantándome con amor, me acercarás a tu pecho, y posando tus labios sobre mi frente, estamparás en ella el ósculo que tanto ansío.

¡Ay, qué venturoso instante! ¡Qué momento tan deseado, en el cual aspire yo tu aliento, más puro que la brisa del mar, más perfumado que el cáliz de la azucena... y perciba los latidos de tu corazón amante... y el himno de las esposas hirviendo mis oídos con celeste melodía, entonando el *Veni, sponsa Christi, accipe coronam, quam tibi Dominus praeparavit in aeternum!* ¡Ay, amado mío! Entonces... ¡Yo seré tuya y tú mío!

¡Muerte! ¿Por qué te tardas? ¿Por qué no vienes? ¿En qué celda me hallarás? ¡Oh, celda, celda mía! Futuro testigo de mis celestiales bodas; dime, ¿eres tú por ventura el teatro donde se va a representar tan gloriosa escena? ¿Llegaré yo a gozar de mi amado? ¿Me trasladará él desde la estrechez de tus muros a su anchuroso Palacio? ¡Sí!

¡La cópula dentro de la tumba!

¡Un esposo que desflora su esposa difunta!

¡Una mujer cuyo último suspiro es el principio de un coito!

Esto es lo ultra-macabro; esto es fraileluno.

Aquí se estrella la mística para dar en la lujuria elevada a la potencia del absurdo.

No disfrace, Valencina, sus ideas; no venga con figuras de retórico; el lenguaje, las ideas y las sensaciones de la monja son de un realismo fisiológico crudo; «bodas, rostro, ojos, voz, acento, labios que se abren y hablan, mujeres que se arrojan a los pies del esposo, pechos, besos, aspiración de alientos, latidos de corazón... ¡Tuya! ¡Mío!...» Esto es la descripción de un acto fisiológico: el acto fisiológico que la monja «siente ya en su presentimiento», es decir, en su organismo, y con una sensación tan intensa como la misma realidad; su vida está en ese presentimiento horriblemente macabro: de ensoñar realizar la boda «después de muerta!»

Maridaje entre una muerta y un «Dios»... ¡Horrible! Sólo a Bacher, el destripador de mujeres, pudo ocurrírsele. Sólo a un fraile puede serle lícito paladear el horrible placer de esta escena.

Y además es falsa; ninguna monja tiene esta seguridad y esta convicción. Es un delirio macabro imaginario, es una trampa de fraile.

Mujeres, madres, esposas ó hijas: lanzad vuestra maldición sobre esta incalificable perfidia.

S. PEY ORDEIX

Al asegurar Sofía que había predicado un cura sobre la Virgen María, contestó indignada Pura. — Sobre el púlpito sería.

El Papa excomulgado por un teólogo

El Dr. Koch es un catedrático de la Facultad de Teología Católica de Braunsberg (Prusia), el cual acaba de publicar un libro demostrando que San Cipriano negaba el papado del obispo de Roma.

El periódico de donde sacamos esta noticia, no nos dice que el hecho fundamental histórico de esta creencia de San Cipriano, pertenece a la Iglesia española de su tiempo, y fué como sigue:

El clero y pueblo español condenaron, excomulgaron y depusieron a los obispos Basílides y Marcial, como vendidos al tirano y libelistas (ahora todos los obispos son libelistas). Aquellos miserables bandidos imploraron del obispo de Roma su autoridad. Debieron pagarlo bastante bien y recabaron una sentencia de reposición que presentaron al clero y pueblo de sus diócesis.

Estos, en vez de acatar la sentencia del intruso obispo de Roma, apelaron a San Cipriano, que era simple obispo de Cartago. Este falló que la sentencia del

obispo romano carecía de valor, y á este fallo se atuvieron los españoles.

Se ve que ahora no hay cristianos como aquéllos, ni clero como aquél. Verdad es que tampoco hay Ciprianos: todos los obispos del mundo toman el *libelo* de su colega romano y sacrifican á los mismos ídolos: la diosa Lira y el Becerro de Oro.

La intolerancia religiosa

El catolicismo ha sido el que más se ha distinguido por su intolerancia; esa intolerancia que tantos males ha causado y está causando, á pesar de que muchos tal vez no se den cuenta de ello, por los medios de que se vale la gentuza clerical.

Antiguamente la religión de Cristo no lo confiaba todo á los razonamientos de sus doctores, sino que llamó en su auxilio á los poderes despóticos de la Edad Media; levantó cadalsos, encendió hogueras, creó cárceles horribles, donde reclusa perpetuamente á los que no seguían sus doctrinas; exterminó y creó odios entre los pueblos... *O crees, ó te quemó en mis hogueras*; ésta fué la fórmula de la Inquisición, que expresaba la intolerancia en los pasados siglos. Y ahora, que parece que esto ha desaparecido á medida que las costumbres han adquirido un mayor grado de cultura, parece también que la Iglesia ha dulcificado su código y que aquella intransigencia ya no existe.

Pero no es así; hoy no queman ni ahorcan porque se opone el progreso, no habiendo renunciado, sin embargo, á su feroz intolerancia. Hoy, además de intransigentes, son hipócritas; antes mataban con la hoguera y la horca; actualmente matan con el hambre y con la miseria á los que les contradicen y les dan á conocer al pueblo; á esos procuran aislarlos, empobrecerlos, desacreditarlos, para que vivan en la miseria y mueran en la desesperación. Esta es la fórmula moderna de su nueva Inquisición; y á los que creen ó aparentan creer, á los que les siguen como rebaños, á esos les llaman sus amigos, á quienes miman para explotarlos.

Sus agentes y sus devotos son los que van á buscar al rico fabricante, al opulento capitalista, á las autoridades, para llevarles informes de los que consideran como enemigos.

El obrero que no va á misa, ó no confiesa, es un malvado á quien es preciso sumir en la miseria; y así lo aconsejan (cuando no lo mandan) al obediente patrono que les cree ciegamente. El médico que no profesa sus ideas, el abogado que no es amigo de sus santos, la mujer que no frecuenta sus confesarios, son seres malditos enemigos de Dios á quienes hay que exterminar, cerrándoles todas las puertas para hacerles imposible la vida.

¿Cuántos de esos inocentes que se encuentran en las cárceles y en los presidios no serán víctimas de sus delaciones y venganzas!

En otros tiempos su fórmula era: *O crees, ó te quemó*; hoy la han sustituido por esta otra: *O crees, ó procuro que te mueras de hambre*.

Pero esos procedimientos producen siempre un resultado completamente

opuesto. El pobre que se ve privado de lo necesario si no se inclina ante las pretensiones de la teocracia, el trabajador que es despedido de la fábrica ó taller si no va á misa, transige por el momento.

Ante la necesidad de llevar un pedazo de pan á sus hijos, de alimentar á su esposa enferma, de cubrir su cuerpo para resguardarse del frío, ese obrero, obligado por las imposiciones del clericalismo, cede en la apariencia; va á la iglesia, se inscribe en sus *cofradías*; pero en su conciencia se levanta una terrible protesta, una protesta permanente, que es la expresión del odio contra sus opresores. Por que las creencias no se imponen y los medios violentos empleados para arraigarlas sólo producen odio á lo que se pretende hacer creer. La intolerancia religiosa será hoy, como ha sido siempre, el medio más eficaz para la propaganda de la libertad.

Que sigan por ese camino, que es como se acabará antes. No pueden transigir con la libertad, ni con la emancipación de las conciencias. ¡Mejor para nosotros! Con eso demuestran que su fin se acerca.

Que extremen su intransigencia; vengan las hogueras de la Inquisición; que profanen nuestros hogares; así triunfaremos más pronto, porque la intolerancia y la violencia no han de ser el fin de la Humanidad.

La Mitra

Lérida.

Odio á la instrucción

Desde que la Iglesia romana existe ha sido dominada por el miedo de que, diseminándose la instrucción en el pueblo, quedara comprometida su autoridad espiritual, y de que el desenvolvimiento de la ciencia en las clases ricas causara la ruina de sus pretensiones al gobierno de los Estados. Por eso, tan pronto dispuso del poder, se apoderó de la enseñanza en todos sus grados. Lo que ella hizo, todo el mundo lo sabe. Hasta el siglo XVI, esto es, mientras conservó el poder, el pueblo fué condenado á la ignorancia más completa y las clases ricas sólo pudieron aprender las materias de teología. Ricos y pobres eran, pues, medidos con la misma vara en todo cuanto concierne á las ciencias.

J. L. DE LANESSAN

En la iglesia una noche penetraron unos ladrones sacros, y apañaron objetos de metal y hoja de lata, que por error creyeron ser de plata, y una vez el engaño descubierto, tuvieron que arrojarlos en un huerto.

«Es la mayor de todas las locuras querer robar iglesias yendo á oscuras.»

LA MANO DEL CURA

La del cura es una mano invisible que por doquiera se encuentra y todo lo trastorna.

No es posible calcular hasta donde puede llegar su pernicioso influencia, que contribuye á la desmoralización de las masas, á la desunión de las fami-

lias, al estacionamiento de los pueblos, á la paralización del progreso.

Siempre en movimiento á impulso de resortes indignos, esa mano, ayudada por la ignorancia de las muchedumbres, lleva su osadía hasta tocar en los secretos íntimos, inmiscuirse en la conducta de las familias, intervenir en los más pequeños hechos.

¿Véis ese niño pálido y estenuado que desde sus primeros años comienza á practicar absurdas é inmorales costumbres, á huir de los demás buscando el silencio y la soledad, y que de todo se asusta creyendo ver continuamente aspectos diabólicos? Pues ahí tenéis la mano del cura, que ha emponzoñado la tierna inteligencia de ese niño y pervertido la pureza de su corazón.

¿Véis esa joven en cuyo semblante se retrata el martirio, que es indiferente á todo cariño que no venga de un sér especial, que tiene marchita su tez y apagados los sentimientos del alma, que no ostenta en su habitación sino cuadros de imágenes entre las cuales descuellan un retrato, que más que aquellos atrae sus dulces miradas y cariñosos besos, que abandona sus deberes domésticos por leer el *Cantar de los cantares*? Pues ved en ella la mano invisible pero maldita del cura que ha rasgado el velo de su inocencia, que ha convertido en mujer á la niña, imposibilitándola para aspirar las dulces caricias de un esposo, por haber envenenado su corazón nacido para el amor.

En los trastornos sociales y domésticos, en los escándalos públicos, en todo se ve esa mano asesina, que tantos males y desgracias ha causado y causa á la humanidad.

Si queremos imposibilitarla de continuar prostituyendo y fomentando la inmoralidad, aumemos nuestras fuerzas, no permitamos á nuestras hijas acercarse á los conventos y al confesonario, apartemos á nuestros hijos de sus enseñanzas, quitemos la careta á esos embaucadores hipócritas, y estemos muy alerta, porque la mano del cura se extiende por todas partes, hiere á mansalva y se oculta tras los guantes de una fingida virtud.

ANSELMO SILVA

El voto de Santiago

Acaban de celebrarse las fiestas de ese señor santo, merced al dinero que figura en los presupuestos del Estado con tal objeto.

Parece mentira que se conserve esa superchería, después de haberse demostrado tantas veces que lo es, y por las mismas gentes de Iglesia.

Hace un siglo, en 1812, Ruiz del Padrón, ese cura al que deberían haberle elevado ya una estatua los liberales, pronunció en las Cortes de Cádiz un gran discurso contra ese *voto*, al que pertenecen los párrafos que copio:

«Hablo, Señor, de la famosa gabela conocida en toda España con el nombre de *Voto de Santiago*; gabela que trae su origen de una ficción, la más absurda y extravagante que presenta la historia de los siglos, que ha causado en la nacional un trastorno que ha sido necesaria la ilustración de muchas

épocas para corregirlo, y un trabajo infinito á nuestros sabios críticos para descubrir la verdad y dar en tierra con esta patraña, indigna de una ilustre nación.

Este asunto, Señor, debe ser considerado, ó como voto, ó en calidad de contribución; y bajo ambos aspectos pertenece por derecho público su conocimiento y decisión exclusivamente á V. M. Considerado como voto, con viene examinar el origen, los progresos, las vicisitudes y el título con que la iglesia de Santiago está exigiendo esta gabela á los labradores de una gran parte de las provincias de Castilla. Este título no es otro que el pretendido privilegio atribuido falsamente al Señor Rey D. Ramiro I. con data en Calahorra, en la era de 872, que equivale al año 834. El falsificador de este supuesto regio diploma, sin pararse en inverosimilitudes y anacronismos, sienta en substancia «que el Rey D. Ramiro, retirado al monte Clavijo después de la desgraciada batalla de Albelda, que presentó á los moros para libertar á la Nación del infame tributo de las cien doncellas que habían pagado algunos de los Reyes sus progenitores, vió en sueños al Apóstol Santiago, quien le consoló, le apretó la mano, y recordándole su patronato, le prometió aparecer visiblemente en la batalla. la que se ganó con pérdida de 70.000 infieles, y que en acción de gracias, así el Rey como los personajes y el pueblo, ofrecieron pagar al Santo Apóstol anualmente en toda España por cada yunta, las medidas de grano y vino, al modo que en las primicias, para el sustento de los canónigos de aquella iglesia.»

No es menester más que leer este famoso pergamino, que tanto ruido ha hecho en la Nación, para conocer á primera vista que es una perfecta fábula sostenida por el interés de algunos, por la ignorancia y credulidad de muchos y á costa del trabajo y sudor de los labradores. Pero aún hay más. La cronología, Señor, es en la historia lo mismo que el álgebra en la geometría; es la guía que fija los puntos que nos conducen á la manifestación de la verdad de los hechos. No hay un solo historiador de nombre que ponga el reinado de Ramiro I antes de la Era de 800, ocho años después de la data del privilegio, pues en la de 873 reinaba aún D. Alfonso II, llamado el *Casto*. A D. Ramiro le dan solamente años de reinado, y consta que falleció en la Era de 888, como expresaba su lápida sepulcral en Oviedo, que vió el célebre cronista D. Fr. Prudencio de Sandoval.

En este decantado privilegio se ven las firmas de la Reina Urraca; de Dulcio, Arzobispo de Cantabria; Salomón, Obispo de Astorga; Pedro, Obispo de Iria, y otros muchos Prelados que omito por no ser molesto; pero en cada firma ó suscripción no se ve sino un puro anacronismo. La mujer de Ramiro I no fué Urruca, sino Paterna. Ni hubo tal Dulcio; ni tal silla de Cantabria se conoció jamás en nuestra historia eclesiástica; ni se usaba en España en aquella Era el título de Arzobispo, sino el de Metropolitano. No se halla en la cronología de los Obispos de Iria, de aquel tiempo, ningún Pedro; y el Salomón, Obispo de Astorga, no aparece en la historia de esta iglesia sino un siglo después. Tantos errores y anacronis-

mos prueban más que suficientemente la falsedad del privilegio.....

La majestad y santidad de la religión detestan estos abominables ardidés. La gloria de nuestra Nación en venerar por su Patrono al Apóstol Santiago, no debe mancharse con esta fábula supersticiosa: la Santa Iglesia de Santiago y su venerable Cabildo obtienen en toda la monarquía una consideración muy alta para no pretender alimentarse de la sangre de los pueblos, y ya es tiempo de que la verdad y la justicia triunfen para siempre de la astucia y el error.

Otros varios autores han impugnado con más ó menos solidez esta ficción; pero á todos excede el inmortal autor de la representación del Duque de Arcos al Sr. D. Carlos III en el año de 1770, en que con acendrada crítica é inmensa erudición probó hasta la última evidencia que eran una fábula absurda el tributo de las cien doncellas y la batalla de Clavijo, y calificó de falso el voto de D. Ramiro y su privilegio.....

¿Se gritará quizá á la indecisión y á la impiedad porque se habla así? Señor, esta es una rancia y despreciable cantinela. Ya es tiempo de no confundir la sana devoción con el interés, la verdadera piedad con la superstición. Ya es tiempo de distinguir las venerables tradiciones apostólicas y eclesiásticas de las tradiciones populares, que son las únicas bases y fundamentos de este decantado voto.....

No faltará acaso quien diga que no tocaba á un eclesiástico y á un cura impugnar tan abiertamente un privilegio tan famoso, consagrado por la antigüedad, aunque falso en su origen. Lo que siento, Señor, es no hallarme dotado de la erudición y elocuencia necesarias para combatirlo con más fuerza y energía, no para convencer á V. M., pues no puedo dudar está bien persuadido de la verdad de los hechos, sino para desengañar á los que presuman que se ataca con él alguna venerable tradición; á los que creen oler la impiedad en la impugnación de los abusos. ¡Desgraciada verdad, si necesitara para hacerse amable de la aprobación de los que sostienen las antiguallas y tradiciones erróneas! En cuanto á mí, por lo mismo que soy eclesiástico y cura, quisiera derribar de un golpe el ídolo desde los cimientos.....

La desventura de los labradores y su mal hado los tiene aún agobiados bajo de su peso; pero por mi medio reclaman altamente la justicia de V. M., y se acogen á su soberano amparo. Aquí, aquí en el santuario de la legislación, es donde debe quedar confundido y sepultado para siempre ese pergamino apócrifo en su origen, ridículo en su relación, falso en su data y pernicioso en sus efectos. Dígnese, pues, V. M., dar su soberana resolución, y desaparecerán en este asunto tantos litigios originados por un privilegio que ha costado á una gran parte de la nación más de tres siglos de lágrimas. Amanecerán para los laboriosos y cándidos labradores los días de alegría y tranquilidad: los pueblos bendecirán eternamente la memoria de V. M., y al mismo tiempo que ha-

gan el juramento á la sabia Constitución que les ha dado, lo acompañarán con himnos de acción de gracias por haberles libertado V. M., para siempre de una gabela tan odiosa.»

Varias cosas hay que admirar en ese discurso; la valentía de los legisladores de aquella época, la competencia con que trataban las tesis que defendían, y lo poco que les importaba romper con tradiciones absurdas.

Comparados la mayoría de los de hoy con ellos, resultan palabreros de plazuela, ignorantes, cobardes, y por añadidura hipócritas.

Un discurso como ese de Ruiz del Padrón, quizás no haya tres diputados en las Cortes actuales que sean capaces de pronunciarlo, por temor á que no les entierren en tierra sagrada al morir.

¡Oh raza de los inmunes! También tú has degenerado.

*Abre los ojos al cielo
y murmura una oración
un cura, desde el balcón
que da luz á su entresuelo.*

*Mira al cielo, y no hace mal,
porque, si no ve, adivina
la piedad de la vecina
que vive en el principal.*

La huelga de fieles en los Estados Unidos

El P. Arturo Pierson es el que denuncia el abandono en que quedan los templos en los Estados Unidos.

Tratando de averiguar las causas, señala la escasez de curas y la ignorancia de los que hay.

«Los templos que cincuenta años atrás no daban cabida á los fieles, ahora se cierran por falta de concurrencia.»

«Los jóvenes de talento huyen del sacerdocio y no quieren ser curas. Ahora el sacerdocio ha de confiarse á los seres más inferiores...»

Pues ¿y qué hace de la gracia de la vocación el Espíritu Santo? Según esto, la vocación va siendo una propiedad de los tontos.

Bien pronto, cuando se pregunte á un fraile ó á un cura,

—¿Qué oficio tienes?—responderá:

—El de tonto.

Pero ni aun los tontos tiran piedras á su tejado.

Regresiones clericales

Sabido es que lo que la Iglesia católica denomina libertad es el derecho de gobernar y de mandar en todas partes y á todo el mundo. La lucha electoral que ella emprende hoy, so pretexto de hacer respetar la neutralidad de la enseñanza en la escuela y de suprimir doctrinas inmorales comprendidas en los libros escolares, no es más que una de las múltiples regresiones ofensivas

de esa hija del pasado que, apoyándose sobre la fe ciega, la ignorancia y la infabilidad, se opuso siempre á la razón, á la ciencia y al progreso, que son los factores seguros de un porvenir mejor. Como Anteo, que recobraba sus fuerzas cada vez que tocaba la tierra, la Iglesia, siempre vencida, vuelve á levantarse sin cesar para nuevas luchas, lo que quizás es un bien, porque no nos permite dormirmos en una falsa seguridad, nos obliga á defendernos, á desemmas-cararla y á reclamar todos los derechos de un gobierno laico.

Carlos Lejeune.

De Ravallac á Ravachol

Del uno al otro hay una distancia de tres siglos. Sin embargo parece que son ya que no de una misma época, de una misma estirpe espiritual. El Ravachol anarquista es hermano de sangre del Ravallac regicida y católico. En ambos hay idéntica fiebre mística; en una con escapes á lo divino y en el otro con un hondo sentimiento humano; en ambos existe la misma levadura del fanatismo impulsivo y desbordado; en el uno religioso, en el otro de rebeldía desesperada. Ravallac quiere libertar las almas de la servidumbre espiritual impuesta por un tirano de cepa hugonota; Ravachol quiere libertar los cuerpos de las miserias, de las hambres, de las brutalidades de un régimen de opresión contra los pobres.

¿Qué diferencia hay entre estos dos hombres? Una sencilla diferencia de ideas. Nada más. El uno es católico y regicida; el otro es anarquista y también vengador. Tienen igual ímpetu, la misma rebeldía. Son de una cepa común, sin más diferencia que el cuño espiritual en que los ha moldeado las dos épocas, más diferentes que distantes, en que vivieron.

¿Por qué se les ha de juzgar de distinta manera? Ravachol es un monstruo y su nombre se cita para execrarlo por las masas ultraconservadoras y católicas. ¡Anarquistas! Ese es el mote que en Ravachol asusta, acaso por lo que representa en la sociedad contemporánea esa nueva fuerza loca, violenta y destructora.

En cambio los otros, los antiguos regicidas, merecen, no sólo disculpa, sino una exaltación de héroes. Los domiicos han defendido el acto del fraile Jacobo Clemente matando á traición junto á los muros de París á Enrique III de Francia, y los jesuitas han tenido frases de elogios para el cuchillo de Ravallac, asesino de Enrique de Borbón.

Y es de preguntar: ¿qué diferencia hay entre ese cuchillo de Ravallac y el puñal de Caserio? Enrique IV, como Sadi-Carnot, eran jefes de Estado, rey de una monarquía el uno, presidente de una República el otro, ambos la más alta representación de Francia. ¿Los móviles establecen la diferencia? Tampoco. Los dos responden á un sentimiento de protesta. Son dos rebeldes que van á cobrar una venganza.

Sin embargo, ese Ravallac, tan defendido por los católicos, aparece más monstruoso en su crimen que Ravachol

Es un lúgubre personaje Ravallac. Nacido en Angulema, la vieja ciudad católica que duerme un sueño de siglos á la sombra de las torres de sus iglesias y sus conventos, se cría en el seno de una familia católica y lo educan sus tíos maternos, los canónigos Nicolás y Juan Dubreuil. ¿Cómo se desenvuelve su vida? El entra de lego en la orden de los Feuillants, consulta todas sus miras de conciencia con el padre Aubigny, de la Compañía de Jesús.

Más tarde le confían la escuela de párvulos los canónigos de San Andrés en Angulema. Pasa sus días en meditaciones en las capillas silenciosas de las iglesias y se entrega en casa á los ayunos y á los suplicios. Es un asceta; siente dentro una vaga idealidad mística. Pero en los conventos de los Feuillants, de los jesuitas, de los Cordeliers, que frecuenta, escucha las campañas de reprobación contra el rey herético, cuya conversión al catolicismo renegando de su vieja fe calvinista se cree insinera, un hábil recurso político para acabar con las luchas religiosas que durante tanto tiempo habían desangrado brutalmente á Francia.

En esos conventos, lugares de recogimiento y oración, guarecíase el odio más vivo contra el monarca, blando, transigente, acaso inclinado á los protestantes y que no permitía á los católicos exterminar á los hugonotes en otra matanza tan enorme y sangrienta como la de la famosa noche de San Bartolomé.

¿Fue una inspiración la que encendió el cerebro y armó el brazo de Ravallac? El llamaba á esto los juicios de Dios. Descontando su locura mística, hay que pensar que ese propósito de regicidio lo fué amasando en el triste asceta de Angulema las conversaciones rencorosas que oía en los medios eclesiásticos que frecuentaba.

Un día la idea se precisó más claramente. Era necesario matar al rey, para salvar de su tiranía á los católicos. Y decidió marchar á París.

Y dice un historiador:

«Durante la noche no pudo dormir. No se pregunta si él debe ó no matar al rey, sino si él debe comulgar al día siguiente, día de Pascua, el día más glorioso del año. Sentía la necesidad imperiosa de comulgar; pero ¿podía él confesar su propósito de matar al monarca?

Cuando se hizo de día marchó con su madre á la Iglesia de San Pablo, donde había sido bautizado. Oyó misa; luego, en el momento de la comunión, acompañó á la vieja señora en la procesión que se dirigía hacia el altar. Cuando ésta se arrodilló ante la mesa de comunión, él se quedó en pie detrás de ella, las manos cruzadas, con la esperanza de que un pedazo de la gracia divina que iba á descender sobre su madre caería también sobre él...

En seguida abandonó la ciudad al son de las campanas que repicaban á gloria. De ordinario hacía la jornada de Angulema á París en dos semanas. De esta vez sólo tardó ocho días.»

El resto de esta historia es inútil contarla. El cuchillo robado, según los comentaristas «encontrado providencialmente» en la sala del albergue, cerca de los Quinz-Vingts; el golpe mortal asestado más tarde llevaba por nombre en su muestra: «Al corazón coronado atravesado por una flecha.»

¿Por qué defienden á Ravallac los mismos que acusan á Ravachol? El uno bebe el odio en los centros católicos entre los frailes que sostienen entonces la viva cruzada contra el protestantismo invasor; el otro bebe también el odio en los centros ácratas, donde se sostiene una campaña á favor de los débiles contra los fuertes. Y ambos cometen el mismo crimen.

No hay lógica. Y no se busquen explicaciones en las lejanías históricas. Lo mismo representan, en un juicio crítico de hechos, tres siglos que veinte años de distancia.

Hay entre ellos una sola diferencia, á pesar de la identidad de la estirpe mística; la una divina, la otra profundamente humana. Y es que Ravallac miraba al pasado y Ravachol miraba al porvenir. Y de condenar, condenarlos juntos en nombre de la vida superior á las ideas.

ANGEL GUERRA

Memorias de un jesuita

El Jueves Santo

Amaneció día tan solemne, y quise ser testigo presencial de la ferviente devoción de mi pueblo, de este Madrid tan calumniado.

Habíame dicho que los oficios en las Calatravas eran solemnísimos, y allá me fui.

Costóme gran trabajo llegar hasta la puerta, pues obstruía el paso una muchedumbre inmensa de jóvenes y exjovenes que, vestidos de *grande tenue*, acechaban el paso de las bellas para acribillarlas á chicoleos de los más entusiastas y jacarandosos.

Iban los coches deteniéndose ante la puerta del templo, y de ellos bajaban, enseñando medias de seda y zapatos encantadores, mujeres ataviadas como para una fiesta esplendorosa.

Estático me estuve allí largo rato.

Vi á la voluminosa marquesa que la noche antes había comido á mi lado, ostentando un vestido de terciopelo cuajado de azabaches; llevaba en la cabeza mantilla de blanco encaje, á través de cuyas finas mallas descubríanse claveles rojos y amarillos; en su enguantada mano sostenía pesado devocionario de rosado nácar, y rosario engarzado en oro. Entró en la iglesia hablando en voz alta y saludando á diestro y á siniestro, como en el foyer del teatro Real.

¿Quién es capaz de describir ni enumerar los trajes de raso y de *moirée*, los grupos de claveles y de rosas, las faldas airoosamente llevadas, las mantillas artísticamente recogidas, las figuras de maravillosa gentileza y donaire?

Llegó un momento en que la iglesia eran jardín fantástico de variados matices, penetrantes perfumes y suavísimos rumores.

Allí, en el presbiterio, hablaban de

que Jesucristo fué azotado, escupido, abofeteado y enclavado desnudo en una cruz.

Como lo decían en latín, nadie sintió terror ó remordimientos, estableciendo comparaciones entre el Redentor y los redimidos, el adorado y los adoradores, el Maestro y los discípulos.

Por la tarde fui á visitar los monumentos, y cayeron del todo por tierra mis engañosas ilusiones, con respecto á la piedad de la corte y villa, que no ha de ser siempre villa y corte.

Al entrar en el templo, y á pesar de estar prohibido todo sonido que no sea el opaco de la madera, hería los oídos un verdadero concierto metálico, formado por el chocar de un duro contra otro en las mesas de petitorio.

Estaban éstas, que en algunas iglesias llegaban á 20, adornadas con tapetes de seda y veludillo, alumbradas por candelabros de plata, provistas de grandes bandejas y guardadas por elegantes damas, de porte distinguido y señorial aspecto y atavíos.

Algunas tenían al lado unos cuantos huérfanos ó menesterosos del asilo ó convento para el cual la limosna se pedía.

Llamóme grandemente la atención el espectáculo, pues resultaba curioso que aquellas señoras, cuyos pendientes valían una fortuna, pidieran á los demás limosna para remediar necesidades.

Las bandejas rebosaban de plata y billetes de Banco, y es que, según supe luego, las damas elegantes que convidan de continuo á comer y bailar, comprometen á todos los aficionados á comidas y á bailes para que vayan á dejar su óbolo en las famosas y aristocráticas mesas de petitorio.

Pensé con dolor que resultaba muy fuerte presentar en Navidad al Niño Dios para que le adore el pueblo y ponerle al lado una bandeja para recaudar cuartos; congregar á los fieles á llorar la Pasión de Jesucristo y esperarlos con veinte bandejas que agitando duros piden dinero.

Ordenar que los creyentes se postren ante la cruz en el día de Viernes Santo y colocar la eterna bandeja á la derecha en solicitud de lo de siempre, los ochavos, es significar que los pobres no pueden tener Semana Santa.

No tienen papeleta para los oficios; no pueden ostentar raso y encajes; no han de dejar nada en las católicas bandejas y aún ha de serles difícil comer la vigilia, siempre mucho más costosa que el puchero.

Volví á casa desconsolado. Estamos perdiendo el tiempo. Hemos formado una generación de hipócritas sin que entre ellos aparezca ningún cristiano.

La Semana Santa en Madrid, gobernada y dirigida por los jesuitas, es una ostentación de lujo exactamente igual al Carnaval ó á la corrida de Beneficencia.

GIL BLAS DE SANTILLANA



SECCION AMENA

La procesión de mi pueblo

I

La semana que precede á la llamada *santa ó mayor*, no dan paz á la mano ni á la aguja la sobrina y la sirviente del párroco. ¡Ahí es nada lo que tienen que hacer! Repasar y zurcir todo el vestuario de los personajes bíblicos de alquiler que han de figurar en la procesión de Viernes Santo.

La túnica de Jesús, la de María, el ropón de Caifás, la toga de Pilatos; el equipo de los sayones... todo necesita reformas, supresiones, ó aditamentos.

Porque aunque la auténtica túnica de Jesús era inconsutil, y crecía á proporción de su divino dueño, la que guarda el párroco para tales casos no crece, cuando el que ha de hacer de Cristo es más alto que el que ejerció igual cargo el año anterior, y entonces hay que echarle un añadido disimulado y pulcro. Y por el estilo las demás prendas.

II

Pero si mucho trabajan la fiel sirvienta y la aplicada sobrina, no se afana menos su respectivo tío y señor para organizar la piadosa comitiva.

Algunos vecinos se prestan voluntarios y gratuitos á formar parte de ella; á los más hay que calzarlos y pagarles su trabajo á costa de la cofradía.

¡Lo que suda el reverendo para elegir y contratar á algunos! Y eso que no faltan devotas que le quieren ayudar en la elección de personal diciéndole por ejemplo:

—Señor cura; mi yerno podría salir de Barrabás, porque tiene una cara de *recondenao* y unos hechos peores que la cara.

Otra le propone que para ejercer de Pilatos escoja al barbero, por la práctica que tiene de manejar la bacía y la toalla.

Pero él, ateniéndose á su superior criterio, desdena las indicaciones del vulgo y escoge los procesionantes según su leal saber y entender, no sin muchas idas y venidas, cabildeos y hasta chalaños, que de todo eso hay en semejantes tratos y contratos.

La adquisición de la orquesta no le da tanto que hacer. Conoce en la inmediata villa á un exfígle de no sé qué regimiento, que retirado hoy de la música marcial, ejerce de murguista en complicidad con otros colegas.

Nuestro buen párroco va á verle y le dice:

—Oye, Cecilio: necesitamos para la procesión del pueblo una orquesta buena y barata, y te confío el encargo de organizarla.

—¿De cuántos profesores la quiere el señor cura?

—Yo creo que con seis habrá bastantes: el trabajo que tenéis que hacer es poco. Al salir de la iglesia una piececi-

ta, ni tan triste que aburra á la gente y huya de la procesión, ni tan alegre que le dé ganas de bailar en semejante día. Después, por el camino, de cuando en cuando, alguna marcha fúnebre.

—¿No sería lo mismo los *couplets* de *La corte de Faraón*? Eso gustaría más, porque está ahora en moda.

—Lo dejo á tu superior inteligencia. Yo de música no sé más que algo de canto llano, y aun en eso no estoy muy fuerte que digamos. Las condiciones las de siempre: medio duro por músico, uno de gratificación para ti, viaje de ida y vuelta en carro, gratis... para vosotros, que no para la cofradía; almuerzo, comida y merienda. ¡Ah! Recomienda á tus compañeros que no abusen del vino como los que fueron el año pasado. ¡Está tan feo eso de volver del santo entierro dando traspiés y entre aquí me caigo y allí me levanto!...

III

Llega el momento crítico. En el corral del párroco están reunidos casi todos los procesionantes; y digo casi, porque se notan importantes ausencias.

El señor cura revista su hueste llamando á cada cual, no por su nombre de pila, sino por el simbólico, ó sea el del personaje que ha de representar. Así, por ejemplo, se le oye exclamar:

—Di tú, Cirineo, ¿dónde está Judas?

—Ahí se quedaba en la taberna acabando de jugar un tute con el Mal Ladron.

—Y la Magdalena, ¿dónde se ha metido esa?

—Está en el atrio hablando con uno de esos de las lanzas.

—Pues hace falta llamarlos, y avia-ros todos, que yo me voy á revestir, y en seguida á la calle.

Efectivamente, poco después, á los acordes ó á los desacordes de una murga subversiva, se pone la comitiva en marcha.

Allá va Colás, el hijo del herrero, que se presta á representar al Redentor sólo porque su novia figura también en la procesión en clase de Verónica; allá va el estanquero llevando la copa de hiel y vinagre; allá va Salustiano, por mal mote *Poco pelo*, simbolizando al príncipe de los apóstoles. Y el arrendatario de consumos, que, bolsa en mano, representa al apóstol traidor; y el sacristán que ha soltado el apagador para empuñar la lanza disfrazado de Longinos; y para qué seguir enumerando?

Allá van metamorfoseados en sayones y guardias romanos, por aproximación, los más habituales concurrentes á la taberna de la posada.

De repente la procesión se detiene, ¿qué ocurre?

Es que Colás, que pausadamente camina con la cruz acuestas, nota que su Maruja, ó sea la Verónica accidental, en vez de ir á su lado ofreciéndole el blanco lienzo para que se limpie, se ha escabullido y va al lado de un apuesto centurión que la dirige miradas incendiarias.

¡Allí de Cristo, que le birlan á Colás su novia! Olvidándose de la mansedumbre que está obligado á simular, suelta la redentora cruz, se remanga la sagrada túnica, se dirige á su rival y le suelta media docena de bofetadas de cuello vuelto en menos que San Pedro negó á Jesús.

Si este relato os pareciere exagerado, para convencerlos de que no lo es, visitad cualquiera de los muchos pueblos de España donde se conmemora con semejante mascarada la efeméride más solemne del cristianismo, y veréis que no he hecho más que un ligero boceto de la realidad.

J. G. L.

MENESTRA

A un crego d'a Ramallosa, foi ver Vicente Rubiños e dille con voz chorosa:

—Señor, minten os veciños, non teño nada con Rosa.

O crego, que sabe moito pol-o oficio, e por ser vello, mollando en viño un biscoito, di:—Será certo o qu'escoito; mais vouche dar un consello

Si empeza á dicila xente, aunque non teña razón, que o teu can está doente, mata axiña o can, Vicente, pol-o sí ou pol-o non.

Si ó non quixeres facer, amarrao ben c'unha corda, pois pódeche acontecer que á ti mesmo ó can che morda é chegues á adoecer.

Mira, ¿ves este biscoito? Pois, si o teño guardadiño, mentres dure, estará enxoiro; si o poño arrentes d'o viño, mollaráse pouco ou moito.

Tal é o mundo; anque ó sintamos, temos que lle gust'o dar entramentes n-él andamos; así foi, así o topamos e así o temos que deixar.

Saleu d'a casa do crego Vicente, pensando así:—¿Qué mundo! D'él arrenego por inxusto, ruín e cego, pois nunca pensa o que dí.

Ténnos baixo d'a sua man e asobállanos decote; mais, cando falla nos fan, non nos da as berzas pra ó pote, nin á fariña pra ó pan.

¡Cuase te bulras de nós, mundo! ¡Qué tirria che teño cando d'as honras dispós! N'hay duda: anda solto o deñe por este mundo de Dios.

BENITO LOSADA

Un obispo que halló al paso á un labrador, preguntóle:

—¿Cuántos dioses hay?

—Uno y muy mal servido, porque sus servidores se cuidan de sí más que de su amo—contestó el labriego.



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

no hubiese holgado tampoco, para que el dibujo representase exactamente las heroicidades carlistas, una ganzúa y un trabuco, atributos de su vida de bandoleros, y una careta entre ropas sacerdotales para representar la hipócrita perfidia.

Al saberse en Barcelona los vandálicos actos de Ripoll y Berga, una sobrecitación inmensa se apoderó de las masas; poseídas de un vértigo agitábanse por las calles y formaban numerosos grupos comentando los sucesos y presentando una actitud hostil.

La lástima fué que no hubieran aquel día acabado con todos los carlistas de la capital, y con sus cómplices y auxiliares. Por mucho que hubieran hecho no habrían vengado á las víctimas de Berga y Ripoll.

EN ESPLUGA DE FRANCOLÍ

Incendian los carlistas las iglesias y las casas inmediatas, asesinando á tres voluntarios indefensos el día 5.

El corresponsal del periódico *La Redención del Pueblo*, de Reus, á quien también cogieron, al ver en las afueras que los trabucaires montaban sus armas, echó á correr á vida ó á muerte. Le hicieron varias descargas, que por fortuna solamente le agujerearon la levita.

Refugiado en una casa fué de nuevo perseguido, hiriéndole de algunos bayonetazos; tiróse por el balcón, le hicieron otra descarga, no le tocaron, y al fin pudo escapar, aunque herido de gravedad.

Desesperados por el relativo mal éxito de aquella cacería, asesinaron á un joven, vecino de aquel pueblo, á quien encontraron trabajando en el bosque.

Su cobardía corrió parejas con su infamia, pues siendo 1.500 no pudieron rendir á los 14 voluntarios que se encerraron en la abadía é hicieron una defensa como pocas.

Les intimaron la redención con promesa de prender si no fuego al edificio, haciendo lo mismo con la iglesia y dos pisos de la torre en que por último se habían refugiado los valerosos voluntarios.

Por cuatro veces se les intimó la redención con la misma promesa de la vida bajo la fe de D. Alfonso que, con su esposa D.^a Blanca, contemplaba el incendio; mas sabiendo los voluntarios cómo las gastaban, prefirieron morir antes que rendirse.

Ni el fuego que les hacían, ni las llamas de petróleo, espíritu de vino y aguas que los abrasaban, debilitaron el

valor de aquellos héroes; por el contrario; cuando creyendo los carlistas agotadas sus fuerzas, pusieron andamios para llegar á la torre, fueron recibidos á bayonetazos, y ni uno sólo logró escapar.

Viendo, por fin, lo inútil de su ataque, se retiraron á las tres de la tarde del día 5, no sin saquear el pueblo, y llevarse muchos objetos de valor y 38.000 reales de contribución que impusieron al vecindario.

Una defensa de veinte horas de 14 liberales contra 1.500 carlistas que no escrupulizaron medios de ataque y que dejaron 10 muertos y retiraron gran número de heridos, bien merece que honremos estas columnas publicando los nombres de los primeros.

Rimón Vernés, Jaime Vila y Domingo Garell, asesinados en las calles.

Capitán, Pablo Miquel y Lladó, herido grave; Francisco Martí, ídem; Pablo Llauredó, Juan Vernet, Miguel Saperas, Juan Amigó, Isidoro Tarias, otro Miguel Saperas; Francisco Ferrer, Ramon Domingo, Antonio Odina, Miguel Vidal, José Domingo, Pablo Poca, todos heridos, ó contusos, ó quemados.

Detalle digno de mención.

Entre los miserables que asesinaron á los tres primeros, hallábanse tres ministros del Señor.

¡Y se atrevían á escribir los periódicos carlistas que los pueblos tenían que bendecir á las partidas por lo que no hacía, es decir, porque no cometían más crímenes, pudiendo comerlos!

¡Y seguían elogiando el heroísmo y las virtudes de aquellos facinerosos!

Comprendiendo Puigcerdá, después de lo ocurrido en Ripoll y en Berga, que iba á ser atacada, pidió al gobierno cien hombres, cien armas y dos cañones, que no recibió, y entonces se preparó por su cuenta haciendo los mayores sacrificios.

Toda su fuerza consistía en 63 soldados, 14 carabineros, 30 movilizados y 170 paisanos con armas.

Para celebrar dignamente á su usanza y manera los días de jueves y viernes santo (10 y 11 de Abril de 1873) los carlistas atacaron á Puigcerdá.

La defensa de esta villa, á pesar de las escasas fuerzas con que contaba, fué heroica sobre toda ponderación, resistiendo denodadamente lo mismo al fusil que á la bayoneta, al cañón que al incendio.

Rivalizaron en valor y abnegación autoridades, militares, movilizados, paisanos, en aquella lucha terrible de uno contra cinco durante veintiséis horas.

A las mujeres corresponde gran parte de la gloria de la defensa. Mientras unas

trabajaban sin descanso en la fabricación de cartuchos, otras, valientes, entusiasmadas, desafiando el peligro, recorrían las murallas cuidando del sostén de los defensores, cuyo espíritu alentaban.

Muchas veces las fervorosas exhortaciones que les inspiraban su fe cívica y su fe religiosa llegaban hasta los oídos del enemigo, que en su furioso despecho les dirigía entonces los insultos más groseros.

Todas las puertas estaban abiertas para estas heroínas de la caridad y del amor patrio, considerándose dichosos cuantos podían poner en sus manos un donativo para los combatientes.

Casi solas acarrearón las mujeres todo el material de las barricadas que en varios puntos de la población se levantaron, y, sin distinción de clases, porfiaban á cuál podría prestar más servicios para salvar á la villa objeto de su amor de la desolación que la amenazaba.

Un testigo presencial dice:

«Al contemplar á la luz de la luna, enrojecida por el humo de los incendios, las largas hileras de hombres y mujeres que bajaban por la cuesta cargados con piedras, con tierra y con maderos, para procurar salvar sus vidas del furor de quien debiera ser su cariñoso hermano, se recordaba sin querer que en aquel mismo día y en todos los lugares de la tierra hasta donde ha penetrado la suave doctrina del Redentor Mártir, se había orado con fervor para que reinase la paz entre los hombres, para que olvidase su lengua la palabra *enemigo*, para que sólo latiesen los corazones á los dulces impulsos del amor y de la caridad.

¡Qué contraste, oh dolor! ¡Y cómo se oprimía el alma al considerar que quien tantos sufrimientos nos causaba, se atrevía á decir que lo hacía en nombre de aquel Justo, y que había elegido entre todos tan augusto día para ofrecerle nuestras vidas en sangriento holocausto, como víctimas propiciatorias de expiación!

¡Escarnio horrible! ¡Profanación sin ejemplar!»

Al retirarse los carlistas, convencidos de que no habrían de vencer tan indomable resistencia, la población en masa se lanzó á los sitios que habían ocupado. Las huellas de desolación que dejaron arrancaban á cada paso exclamaciones de dolor, apoderándose del ánimo el horror y la indignación.

«Es imposible concebir, dice un testigo presencial, que el genio de la destrucción pueda inspirar un más allá de lo que se veía practicado en la casa de Puigbó y en las miserables viviendas

(Continuará.)

(FOLLETÓN 63.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

muchas cosas más, de modo que los atontan y marean, y atontados y mareados, y convencidos de que en cuanto lleguen al campo de batalla, el enemigo echa á correr aterrorizado, van á donde quieren los que... se quedan en casa.

Es de advertir que no hay país en que se aprecie la vida del ciudadano menos que en la monarquía española. En la guerra con los rebeldes de Cuba, los españoles establecidos en aquella isla no se cansaron nunca de gritar «¡soldados!, ¡soldados!» como en los circos grita el público: «¡caballos!, ¡caballos!» cuando el toro ha desmontado á todos los picadores. Y el gobierno de Madrid tampoco se cansó de mandarlos; era como si de continuo estuviese funcionando una máquina en uno de cuyos extremos se echase juventud fresca y lozana para que por el otro fuesen saliendo cadáveres é inválidos. ¡Y esto lo hacían aquellos gobernantes con la sonrisa en los labios, con una placidez angelical, con la satisfacción del deber cumplido! Y amigos, como todos ó casi todos son de la religión, esto es, más ó menos beatos, se hallan convencidos de que lo han hecho tan bien, como hombres y como cristianos, que cuando se mueran, si no van á sentarse inmediatamente á la derecha de Dios Padre, porque allí está ya Dios Hijo, no se quedarán lejos.

Así se da el caso en aquella monarquía, muchas veces, de que los gobernantes ó personajes políticos se arrepientan, in articulo mortis, de haber votado el art. 11 de la Constitución, que establece la tolerancia de cultos; pero no hay ejemplo de que ninguno se haya arrepentido de haber enviado al matadero miles y miles de infelices ciudadanos, contra las mismas leyes del país, y desde luego contra todas las de justicia y humanidad que el mundo entero conoce y respeta.

Sea como sea, la monarquía española, aunque pasa por independiente, y como tal figura en los libros de texto, dista mucho de serlo. Este es uno de los mayores engaños en que á aquel pueblo se tiene. Y no lo es: no

es independiente absolutamente en ningún concepto, pues hasta en el material, en el geográfico ó topográfico, en el territorial se ve España cogida; sujeta por un tobillo por Inglaterra desde que se instauró en el país la dinastía de los Borbones, más francesa, en verdad, que la napoleónica. En los demás conceptos, no hay que hablar. La política exterior depende unas veces de éste, otras veces de aquel gobierno ó monarca europeo, según los aires del tiempo á ciertas conveniencias llamadas «altas», no siempre conocidas ó bien explicables. Y sabido está en todo el orbe que en lo interior aquella monarquía se halla tan por completo sometida al Papa, que sin el consentimiento de S. S. no puede el gobierno de S. M. ni trazar con carbón una cruz en una pared en que no domine la curia romana ni borrarla de otra en que domine; la gente se descubre ó permanece cubierta en la calle con arreglo á instrucciones del Vaticano; al tenor de las mismas se entierra ó se deja insepultos los cadáveres; y la misma nación que estuvo á punto de venir á las manos en 1896 con los Estados Unidos por juzgar indebidamente á un súbdito americano, se guardarían mucho de aplicar debidamente ninguna de las leyes del país, no ya á súbditos del Papa, sino á los suyos propios que por cualquier motivo ó pretexto, hasta simplemente el del traje, se hallen bajo la protección ó amparo de la privilegiada jurisdicción católico-apostólico-romana.

Otra gran ilusión en que los señores del reino mantienen á aquellos naturales es la de que aquella monarquía, además de independiente, sea quijotesca, y quijotesco también el carácter nacional, habiéndose hecho creer al pueblo que Cervantes quiso representar ó personificar este carácter en el famosísimo hidalgo manchego, portentosa creación de tan eximio ingenio. Engaño tal tiene su origen en el codicioso desacierto con que han sido siempre tratados los asuntos coloniales, y la ignara torpeza con que son conducidos los internacionales; pues como ambas cosas no han de dar más que fracasos y catástrofes, para justificar, cohonestar ó disculpar el triste y doloroso resultado sirve muy bien lo del «quijotismo nacional», con lo cual todos aquellos naturales, fuera de algunos centenares de personas serias é ilustradas, se quedan tan satisfechos, en el santo y sandio convencimiento de que efectivamente el gobierno español ha andado y anda por toda la redondez

del mundo desfaciendo agravios y enderezando entuertos, ni más ni menos que el famoso hidalgo, sin parar mientes en el provecho propio, y todo por puro altruismo, por amor á la humanidad y á todas las cosas grandes y á todas las causas fuertes. Pero la verdad es que, aparte de que ya el mismo Cervantes dejó dicho por qué y para qué compuso su inmortal libro, y nada dice ni deja sospechar de lo que á sus compatriotas han hecho creer los que los gobiernan y dirigen, con recordar que jamás ha salido de aquella monarquía ninguna expedición que no sea de conquista, y de conquista de territorios fertilísimos ó preñados de ricas minas, habría bastante para ver cuán falsa es tal leyenda. Más de doscientas expediciones han enviado á los mares polares otras naciones, entre ellas la italiana, tan meridional como la española; de ésta no ha salido nunca ninguna. Sin duda, á los gentiles que habitan aquellas frías y pobres latitudes no los ha considerado la allí imperante curia romana tan dignos de conocer el Evangelio como á los moradores de las islas de la especie y otros territorios igualmente gratos y productivos.

Otro engaño que ahora está dando grandes desazones á los españoles serios, es curiosísimo. Es allí corriente, en efecto, decir y creer que la monarquía española desvió el porvenir de la nación hacia América cuando lo tenía en África. De otro modo más claro y más concreto: es muy corriente entre aquellos naturales la creencia de que no han conquistado Marruecos, y aun el África entera, porque no han querido, porque les sedujo el descubrimiento de Colón, y se fueron á conquistar América. Y que ahora, que han perdido cuanto en América poseían, han de dirigirse á África, empezando por establecerse en Marruecos, quieranlo ó no lo quieran los marroquíes. Cómo han llegado las señoras del reino y sus secuaces á meter esta idea en buena parte del pueblo español, no se explica sino por lo que el conocimiento de la historia en general y de la propia en particular, escasea en aquella monarquía. Porque el hecho real y positivo es que jamás, ni en los mejores tiempos, ni bajo los más ilustres caudillos ha podido la monarquía española hacer en África otra cosa que apoderarse, en propicia ocasión, de alguna que otra plaza de la costa; conservar ninguna que valiera la pena, no ha